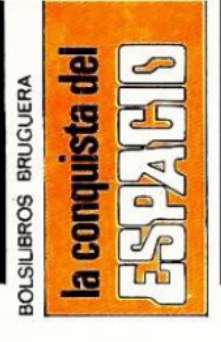


EL DETECTIVE Y SU ROBOT

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

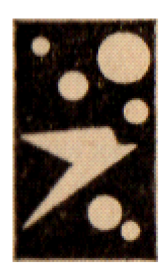

La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

CLARK CARRADOS

EL DETECTIVE Y SU ROBOT

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 516
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 18.020 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

En la oscuridad de la noche, el hombre caminaba sigilosamente por el parque, deteniéndose de cuando en cuando para escuchar atentamente. Pero no se percibía el menor sonido, salvo el tenue rumor de sus pisadas al caminar sobre la hojarasca que cubría el suelo casi por completo.

Al cabo de unos minutos, llegó a un añoso roble, de enorme copa y tronco ligeramente inclinado. El roble tenía más de cien años de existencia y era una de las piezas principales del parque. De nuevo se detuvo el sujeto para escuchar, pero como no advirtiese la menor señal de peligro, terminó de acercarse al árbol y meter la mano en un hueco situado a cosa de dos metros del suelo.

Cuando sacaba la mano, sujetando un objeto de forma muy definida, brilló un vivísimo fogonazo. Una voz potente clamó:

—¡Señor Bantley, no se mueva! ¡Le detengo por el asesinato de sir Anton Van Throuden!

Casi en el mismo instante, una mano de dedos de acero sujetó la muñeca del individuo quien, abrumado, no hizo el menor gesto de resistencia. Su oponente emitió una orden:

— ¡Penrod, tira otra placa!

El *flash* destelló de nuevo. El asesino bajó la cabeza.

—Sí, yo maté a sir Anton Van Throuden —admitió.

*

Enormemente satisfecho, arrellanado en su cómodo butacón, con la pipa humeante en la mano, el famoso detective sonreía satisfecho a los periodistas que le rodeaban en la vasta estancia, en donde el fuego de una gran chimenea caldeaba el ambiente.

—Ustedes quieren saber cómo llegué a la conclusión de que Harold Bantley era el asesino de sir Anton —dijo—. Pues bien, esto es algo parecido a un problema aritmético, difícil aparentemente en su planteamiento, pero sencillísimo una vez se conoce la solución. Y la solución, para mí, estaba, no tanto en los móviles, que casi podían ser advertidos por todo el mundo, como en encontrar el arma homicida que, como ustedes recordarán, no había sido hallada ni sobre el cuerpo de la víctima ni en ninguna otra parte.

«Descartados los posibles sospechosos, en especial la servidumbre, tanto por falta de motivos como por imposibilidad física de cometer el crimen, era preciso indagar en otra dirección. A decir verdad, más de una persona tenía motivos para matar a sir Anton, pero cuando

examiné a fondo los antecedentes y actuaciones de los posibles autores del hecho, fui descartándolos uno a uno. El dato principal, repito, era la desaparición del arma homicida, un “Kriss” malayo, como ustedes saben, regalo de un antiguo amigo del padre de sir Anton, y un arma, aparte de su interés histórico, sumamente valiosa, porque tiene la empuñadura cuajada de joyas, en especial, la gran esmeralda que remata dicha empuñadura y cuyo peso supera ampliamente los ciento veinte quilates.

»Como he dicho, investigué a fondo los antecedentes de los sospechosos y llegué a la conclusión de que sólo uno de ellos podía haber cometido el asesinato. El viejo mayordomo de Shanbury Castle, la residencia de sir Anton, me habló de la infancia de su difunto dueño y de los juegos en compañía de Harold Bantley. Ambos niños, entonces, eran aficionados a esconder cosas en el hueco del roble centenar; o y se dejaban mensajes secretos, propios de los juegos infantiles, que luego recogían para seguir divirtiéndose. Cuando noté la falta del “Kriss” malayo en la panoplia, pensé que un arma tan valiosa, histórica y crematísticamente, tenía que estar escondida en alguna parte, en espera de una ocasión para poder vender las joyas que adornaban la empuñadura.

El famoso detective hizo una corta pausa para arrimar un fósforo a la pipa que se le había apagado mientras hablaba. Descruzó las piernas momentáneamente, para cruzarlas en sentido inverso, y prosiguió:

—Poco después, supe el detalle de los juegos infantiles de la víctima y de su asesino. Entonces deduje que Bantley iría a recoger el «Kriss» malayo, tarde o temprano, y me aposté allí, en compañía de mi criado, que fue quien hizo funcionar la cámara y obtuvo las placas que ustedes han podido contemplar en la prensa. Eso es todo, caballeros.

—Pero, señor Holmes —dijo uno de los detectives—, aún no nos ha explicado la forma en que el asesino cometió su crimen.

—Ni los motivos —dijo otro.

—Un momento, caballeros. Los motivos fueron una fútil discusión, según me comentó el propio Bantley, acerca del que tenía más derechos a disfrutar de los encantos de una dama, cuyo nombre no hace al caso, porque no ha tenido la menor intervención en este desdichado asunto. La discusión tuvo lugar en la biblioteca y allí, Bantley, perdida la cabeza, cogió el puñal y se lo clavó en el pecho a su amigo, matándolo instantáneamente.

»Casi en el acto, se dio cuenta de la enormidad del hecho y, aterrado, pensó en escapar. Pero reaccionó muy pronto y, saltando por la ventana, corrió a esconder el “Kriss” en el hueco del viejo roble. Nadie, y esto es muy importante, le había visto llegar a la casa,

en la cual, dada la amistad existente entre ambos, entraba con toda facilidad. Así, pues, regresó, llamó a la puerta esta vez y el mayordomo le abrió. Entonces, los dos "descubrieron" el cadáver de sir Henry, asesinado por un desconocido, cuyos motivos permanecían en el mayor de los misterios, puesto que no se había llevado ningún objeto de valor.

—Salvo el «Kriss» —dijo un periodista.

—Repito que en aquellos momentos de confusión, nadie lo echó en falta, sobre todo, teniendo en cuenta que estaba en una panoplia muy abundante en armas de todas clases. Más tarde, cuando la hija de sir Anton me encomendó la investigación, yo revisé a fondo la biblioteca y entonces fue cuando advertí la falta del «Kriss». Conocí más tarde el detalle de los juegos infantiles...

—Y esperó a que el asesino fuese a recobrar el arma homicida.

—Justamente, amigo mío —contestó Holmes con benigno acento.

—Pero ¿por qué hizo eso Bantley? —inquirió otro periodista—. ¿No le hubiera resultado más práctico limpiar el arma y dejarla en su sitio?

—Usted ya no recuerda lo que dije antes, acerca de mis investigaciones sobre las peculiaridades de los sospechosos, cosa que investigué a fondo. Entonces fue cuando supe de la tacañería de Bantley y, al ver que el «Kriss» no estaba en su sitio, pensé que Bantley trataría de aprovecharse de las valiosas piedras que adornan la empuñadura, como así sucedió, en efecto. Sólo faltaban las pruebas de que iba a recoger el «Kriss» y mi criado Penrod, como he dicho, se encargó de obtenerlas, mediante la cámara fotográfica que portaba a prevención.

—Tendríamos que aplaudirle, señor Holmes —exclamó uno de los periodistas—. Un caso prácticamente insoluble y usted lo ha resuelto con la máxima sencillez y sin apenas mover un solo dedo.

Holmes se puso el índice sobre la frente.

—Pero he «movido» mucho el cerebro —respondió jovialmente—. Y eso es lo que cuenta.

—Señor Holmes, usted se apellida como el famoso detective de finales del siglo XIX. El nombre, en cambio, varía ligeramente: el suyo es Zerlock y no Sherlock como el personaje mencionado. ¿Podemos saber a qué se debe esa pequeña variación?

—Por supuesto, amigo mío. Mi padre, gran admirador de sir Arthur Conan Doyle, autor, como ustedes no ignoran, de tantas y tantas aventuras de Sherlock Holmes, y aprovechando que los apellidos son coincidentes, quiso ponerme su nombre al nacer yo. Sin embargo, el empleado del registro cometió un error, sin duda de apreciación, y también porque, seguramente, lo ignoraba todo acerca de Conan Doyle y de Sherlock Holmes. Simplemente, escribió una «Z»

como inicial, en lugar de la «Sh», fonemas ambos de muy parecida pronunciación. Y yo, cuando me hice mayor, juzgué innecesario el cambio y continué con el nombre que tengo en la actualidad. ¿Satisfecho?

—Muchas gracias, señor Holmes. Otra pregunta más, por favor.

—Todas las que quiera, amigo mío —accedió benévolamente el famoso detective.

—Sherlock Holmes tenía un ayudante, un compañero de aventuras, si lo prefiere así, el célebre doctor Watson. Usted, sin embargo, no lo tiene, aunque utiliza muchas veces los servicios de su criado.

—Bueno, creo que deben saber la verdad —sonrió Holmes—. Nunca lo había dicho hasta ahora, pero no porque quisiera ocultarlo, sino porque no había surgido la ocasión. En efecto, no tengo a un doctor Watson conmigo, pero le haré notar que estamos en el siglo XXV y que las cosas han cambiado un poco. Por tanto, dispongo de Penrod, mi criado, un ayudante utilísimo, en especial porque...

Holmes señaló al hombre que estaba a la derecha de su butacón, completamente inmóvil, alto de casi dos metros, de cabello muy rubio, ojos azules y piel ligeramente tostada.

—Penrod es un robot —declaró.

Sonaron varias exclamaciones de asombro. Todos los circunstantes contemplaron al robot con ojos llenos de curiosidad.

Holmes añadió:

—Ustedes no ignoran que un robot es una perfectísima computadora, capaz de almacenar cientos de millones de datos y que puede dar la respuesta verbal e instantáneamente a las preguntas que se le hagan. Su memoria es infalible, no así la mía, aun siendo excelente, porque no podemos olvidar que soy humano y, como tal, tengo mis fallos. Por eso me acompaña en mis investigaciones y le hago grabar todos los detalles en sus circuitos de memoria, mediante los circuitos visuales y auditivos. Cuando necesito un dato, lo pido, me lo reproduce...

—Y ya está —exclamó un reportero.

Holmes alzó el índice.

—Pero no se olviden un detalle, el más importante de todos, caballeros. Si bien Penrod es mi leal colaborador y confidente, en cambio carece de algo, que sólo un ser humano puede realizar: el proceso deductivo, propio del ser inteligente.

—Es cierto —sonaron algunas voces.

—Y bien, amigos, aclarados los puntos que les resultaban ocultos, creo que ya no tengo nada más que decirles. Penrod, acompaña los señores.

—Sí, señor —contestó el robot.

La sala se fue desalojando lentamente. Holmes dejó la pipa a un lado y ya se disponía a levantarse, cuando, de pronto, notó la presencia de una persona que no daba señales de marcharse.

Era una muchacha, de poco más de veinte años, bastante alta, muy esbelta y de pelo intensamente negro. Holmes sonrió.

—Señorita, la conferencia de prensa ha terminado ya, —dijo.

—Perdón, señor Holmes, yo no soy periodista, sino cliente —contestó ella.

—Ah, una cliente.

—En efecto. Me llamo Vivían D'Brunt y quiero encomendarle la investigación del asesinato de mi padre y el robo de un aparato ideado por él y que puede revolucionar las comunicaciones de toda clase.

El criado entraba en aquel momento. Holmes agitó una mano.

—Penrod, prepara té y sírvelo en seguida —ordenó —. Sospecho que la señorita D'Brunt está a punto de contarnos algo muy fascinante, ¿no es así?

—En efecto, señor Holmes —admitió la chica.

—Asesinaron a su padre…

—Doctor de Séptimo Grado en Física e inventor de la H. T.V.

Las cejas del famoso detective se levantaron.

—¿Qué es la H.T.V., señorita D'Brunt? preguntó.

—Hipertelevisión, señor Holmes. Con el aparato de mi padre, se puede ver cualquier cosa, esté donde esté y aunque se carezca de cámara captadora de imágenes.

—¡Santo cielo! —exclamó Holmes—. Eso es fantástico.

—Sí. Por ello asesinaron a mi padre.

Penrod apareció con el servicio de té en las manos. Holmes hizo un ademán.

—Cuénteme, señorita D'Brunt —solicitó—. Lo que acaba de decirme puede resultar el caso más interesante de mi carrera. Por supuesto, no tendrá inconveniente en que mi criado esté presente durante su relato.

—Ninguno, señor Holmes —respondió la muchacha.

—Penrod, aguza el oído… mejor dicho, pon tus circuitos auditivos al máximo de sensibilidad —ordenó el famoso detective.

—Sí, señor —contestó el robot.

CAPITULO II

Al cabo de un buen rato, Holmes empezó a cargar su pipa. Cruzó las piernas y miró fijamente a Vivian.

—Ha descrito usted muy bien las circunstancias del suceso y ha mencionado los nombres de los posibles sospechosos —dijo—. Sin embargo, no me ha explicado, con un mínimo de detalle, en qué consiste la H.T.V.

—Es cierto —convino ella—. Mi padre trabajó durante toda su vida en el invento que le ha sido arrebatado, junto con la vida. Se llevaron el aparato prototipo y, naturalmente, también cuantos apuntes y escritos había realizado sobre el particular. El prototipo, en sí, es muy pequeño; puede decirse que cabe en la palma de la mano. Pero acoplado, según determinadas instrucciones, a un televisor corriente, permite contemplar cualquier objeto, a cualquier distancia... incluso a través del espacio. Por supuesto, se necesita una antena especial, igualmente descrita en sus anotaciones, y una especie de casco para la cabeza, conectado por dos cables al televisor y al aparato de H.T.V.

—Eso significa que basta pensar en el objeto que se quiere contemplar...

—Si se conoce su ubicación, .se puede ver instantáneamente, con todo detalle, sobre todo, si la pantalla está dotada de un mando amplificador de imagen. En otro caso, es preciso saber previamente las coordenadas del objetivo. Pero aun eso no es demasiado difícil, porque si usted quiere ver a una persona en un sitio y no está, se la busca en otro... Puede resultar una tarea larga y enojosa, pero, al fin se consigue verla.

—Ya entiendo. Su invento, sin embargo, puede resultar peligroso, señorita D'Brunt.

—¿Por qué, señor Holmes?

El famoso detective se permitió sonreír.

—Mi querida niña —dijo benévolamente—. Imagínese usted que un espía quiere conocer lo que se está deliberando en el consejo de ministros del gobierno de la Tierra. Hay asuntos de trámite, que no tienen importancia, y temas secretos, cuya divulgación interesa evitar o, retrasar hasta el momento adecuado. El invento de su padre puede anular, me parece, todas las contramedidas de escucha ideadas hasta el momento.

—Así es —admitió Vivian—. Y precisamente por ello asesinaron a mi padre y robaron el prototipo de H.T.V. Quiero que encuentre al asesino, recobre el aparato y...

Vivian abrió el bolso y extrajo un rectángulo de papel.

—Le daré un anticipo de cien mil «garants» a cuenta de sus honorarios —añadió.

Holmes hizo un ademán.

—Penrod, extiende un recibo a la señorita —ordenó.

—Bien señor —contestó el robot.

—Estoy dispuesto a encargarme de su caso, pero, por lo que he oído, el hecho se produjo ya hace algunas semanas…

—Tres meses y medio —puntualizó ella.

—En tal caso, una semana más no importa y, después del caso Van Throuden, yo necesito unos días de descanso. Sin embargo, puedo hacer que Penrod, mi criado, la acompañe al laboratorio de su padre y realice una inspección ocular, a fin de grabar en sus circuitos cuantos detalles puedan resultar interesantes.

—Es que… —Vivian vaciló.

—¿Sucede algo raro, señorita? —preguntó el famoso detective—. Usted ha estado presente en la conferencia.de prensa y sabe que confío plenamente en mi criado. Hable sin temor, se lo ruego.

—Verá, señor Holmes… Mi padre y yo… vivíamos, bueno, yo sigo viviendo allí todavía… En Mythron IV.

—Oh… Penrod, ¿qué distancia hay de la Tierra a Mythron IV? —preguntó Holmes.

—Ciento once años luz, señor —contestó el robot.

Holmes suspiró.

—En tal caso, mi querida señorita D'Brunt, habrá de permitirme al menos unas veinticuatro horas para preparar mi equipaje —solicitó.

—No faltaría más —accedió la muchacha, a la vez que se ponía en pie. Sonrió encantadoramente—. Señor Holmes, me he permitido reservar tres pasajes a bordo de la *Victoria Fénix* . Zarpará mañana, a las veintidós veinte.

—Estaba segura de que accedería a su petición, ¿verdad?

—Estaba segura de que se trata de un caso que le interesaría —contentó Vivian.

*

Desde la ventana del hotel que se alojaban, en Mythronia, la capital de Mythron IV, Holmes contempló el paisaje que se divisaba en lontananza.

—Un planeta muy agradable —comentó.

—Pero en el que se cometen crímenes, igual que en la Tierra, señor —dijo Penrod.

—El ser humano es igual en todas las latitudes —filosofó el célebre detective—. Donde hay un hombre, hay ambición, codicia,

envidia…

—Y también amor, abnegación y espíritu de sacrificio por los demás, señor.

—Muy cierto —convino Holmes.

En aquel momento, llamaron a la puerta, Penrod cruzó la sala, hizo girar el picaporte y abrió.

—Buenos días, señorita Vivian —saludó cortésmente.

—Hola, Penrod —dijo ella con desenvoltura—. ¿Cómo está, señor Holmes?

—Encantado… y maravillado de encontrarme en un mundo tan bello como el suyo, señorita —sonrió el detective—. Hemos tenido un viaje sumamente agradable, deliciosamente relajador y nada incómodo. Puede decirse que Mythron IV es una segunda Tierra, corregida y enormemente mejorada.

—Agradezco los elogios que hace de mi planeta, pero, como ha podido apreciar, también se cometen crímenes y se roban objetos de valor.

—Muy cierto, y precisamente lo estaba comentando ahora con mi criado. Sin embargo, la ruindad de las personas no puede alterar la belleza del paisaje… y son más las personas virtuosas que las ruines.

Vivían sonrió.

—Tal vez —repuso—. Bien, señor Holmes, si no le importa, estoy aquí, dispuesta para llevarme a Penrod al laboratorio de mi padre, para que realice las primeras investigaciones. Usted, por tanto, puede quedarse descansando en el hotel.

—Estoy de acuerdo con el programa, con una salvedad.

—¿Sí, señor Holmes?

—Señorita… ¿Me permite que la llame Vivian? A fin de cuentas, ya soy un hombre maduro; tengo más de cincuenta años y podría ser su padre perfectamente.

Ella sonrió.

—Con mucho gusto, señor Holmes. ¿Cuál es su objeción?

—Penrod, hija mía. Sospecho, no sé por qué, que hay una alta personalidad mezclada en este asunto tan turbio. Hemos de prevenir todas las eventualidades y, por dicha razón, ordenaré a Penrod que no obedezca a ningún humano sino a usted. Y a mí, cuando sea necesario, desde luego.

—Comprendo.

—¿Has grabado la orden en tus circuitos, Penrod?

—Sí, señor.

—Bien, en tal caso, ve con la señorita y haz cuanto ella te pida y ayúdala en todo.

—Descuide, señor.

Vivian se acomodó en el hombro la correa de su bolso. Llevaba un

traje de una sola pieza, muy ajustado a su espléndida figura, de color amarillo vivo, que le confería un aspecto realmente atractivo. El pelo, abundante, estaba dividido en dos mitades iguales y reunido en la nuca por un moño recogido mediante una malla de hilos de plata. Holmes la contempló, radiante estampa de la juventud y la vitalidad, y suspiró:

—A veces pienso que soy demasiado viejo —murmuró melancólicamente.

Vivian se echó a reír.

—Nunca se es viejo, cuando el corazón se siente joven —contestó—. ¿Vamos, Penrod?

—Sí, señorita.

*

El aeromóvil de Vivian, expertamente pilotado por su dueña, cruzó en pocos minutos la gran urbe y se adentró en el campo. Era un aparato con la punta de flecha, ligeramente redondeado hacia la proa y con dos protuberancias verticales en los bordes de salida de las angostas aletas, protuberancias que tenían todo el aspecto de timones de dirección y de un diseño perfectamente aerodinámico. Un cuarto de hora más tarde, Vivian inició el descenso hacia un edificio en forma de «L», situado en el centro de una extensa zona ajardinada y delimitada por una alta tapia de mampostería vitrificada.

Las dos ramas de la «L» eran desiguales, una la mitad de larga que la otra. El aeromóvil descendió verticalmente junto a la rama más corta. Vivian presionó el mando de apertura de la cabina, cuya cúpula se abrió en dos mitades, y saltó al suelo.

—Esta es la vivienda —señaló—. El edificio que está situado perpendicularmente es el laboratorio.

—Y allí fue donde apareció el cadáver de su padre.

—Sí.

Vivian parecía haber perdido el buen humor. Se acomodó la correa del bolso en el hombro y echó a andar hacia el laboratorio.

—Hay comunicación directa con la vivienda, claro, pero empezaremos primero por el laboratorio, si le parece a usted —dijo Vivian.

—Me parece muy bien, pero debe tener en cuenta una cosa, señorita: soy un robot. Por tanto, el «usted» sobra.

—Oh, claro... Casi lo había olvidado. Tu figura es perfecta, Penrod.

—Me hizo un buen amigo del señor Holmes, el mejor constructor de robots de la Tierra —dijo Penrod.

—Sí, salta a la vista.

Vivian sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta del laboratorio. Cruzó el umbral, seguida del robot, e hizo un amplio ademán con el brazo.

—Empieza, Penrod.

El robot avanzó unos pasos y estudió detenidamente el interior de la vasta estancia. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia la chica.

—¿Dónde apareció el cadáver de su padre? —inquirió.

—Allí —señaló Vivian.

Penrod caminó hasta el lugar donde había sido encontrado el científico muerto y se acuclilló para examinar con todo detenimiento el suelo de cemento vitrificado. Vivian le contemplaba expectantemente, en silencio.

—Murió de un golpe en la cabeza —dijo Penrod al cabo.

—Sí, aunque el arma homicida no fue hallada —respondió ella—. Se supone, sin embargo, que el asesino se la llevó consigo.

—Una barra de hierro, por ejemplo.

—Es la hipótesis de los forenses.

—Usted dijo que en la casa y en la tapia hay unas alarmas conectadas. ¿Lo estaban cuando murió su padre?

—Efectivamente, y no fueron desconectadas, porque, de lo contrario, el hecho habría sido registrado por la cinta grabadora que funcionaba constantemente. Tú sabes que esa cinta está en una caja precintada por la policía y que cualquier alteración provocaría inmediatamente una severa investigación. Los expertos de la policía dictaminaron que no hubo trampa.

—Eso significa que el que se llevó el aparato no hizo funcionar las alarmas.

—Así fue; de lo contrario, yo lo habría oído. Estaba en la vivienda cuando murió mi padre y no me enteré de nada, hasta dos horas más tarde, cuando fui a llamarle para la cena. Entonces, lo encontré...

La voz de Vivian se quebró súbitamente.

—Dispensa, Penrod --añadió en tono lleno de aflicción.

—Lo siento —dijo el robot—. Si le parece, continuaremos en otro momento...

—No, no te interrumpas por mí. Sigue, te lo ruego.

—Gracias.

Penrod continuaba en cuclillas. De pronto, se levantó y fue a uno de los amplios ventanales, que examinó con toda atención.

El ventanal podía abrirse por completo y estaba hecho de una sola pieza de vidrio, sujeta por un marco de metal, que giraba sobre un eje longitudinal. Penrod se situó allí y miró hacia el sitio donde había aparecido el cadáver.

—No había nadie con su padre en aquellos momentos, ¿verdad?

—No, aunque ignoramos cómo pudo entrar y salir el asesino,

llevándose, además, el bulto que significaba el aparato de H.T.V. y todos los cuadernos de notas.

—¿Un aeromóvil?

—No. Los detectores habrían señalado su presencia. Y lo mismo habría sucedido de haber utilizado un propulsor individual.

—El aparato de H.T.V. salió por el aire, ya no cabe la menor duda —aseguró Penrod—. Dado lo reducido de su tamaño, el asesino tuvo que traer consigo una caja antidetección, para guardarlo y evitar que sonasen las alarmas en el momento de salir de la casa. Después de cometer el crimen, puso el aparato en la caja...

—Penrod, ¿qué me dices de la barra de hierro?

El robot sonrió. Caminó unos pasos, se agachó al pie de una mesa de laboratorio, estiró el brazo derecho y sacó un trozo de metal cilíndrico, de unos cincuenta centímetros de largo, por dos y medio de grueso.

—Después de cometido su crimen, el asesino pateó la barra y la lanzó debajo de la mesa —explicó—. Hay señales microscópicas en el pavimento, pero no de la barra, naturalmente, menos dura, sino de su calzado, a cuyas suelas había adheridos minúsculos granitos de arena, que sí rayaron el vitrificado suelo, dejando la señal inconfundible del puntapié.

Vivian tenía la boca abierta.

—A nadie se le ocurrió mirar ahí —exclamó.

—Todo el mundo pensó que el asesino se había llevado la barra consigo, para evitar rastros delatores. Por eso no miraron. O tal vez no quisieron mirar.

—Quizá tengas razón, en efecto. Pero ¿cómo entró? Si no usó un aeromóvil ni un propulsor individual...

Penrod dejó la barra encima de una mesa y movió una mano.

—Indíqueme el camino del tejado, por favor.

—Sí desde luego.

Momentos después, salían al tejado, que estaba hecho a dos aguas, con unos remates de adorno, en forma de cono muy agudo, y con grandes relieves, típicos de la escultura mythroniana. Penrod fijó la vista en un enorme árbol, situado al otro lado de la tapia y a unos cincuenta metros de distancia.

Luego se arrodilló al lado del remate situado justo sobre el ventanal que había abierto antes y lo examinó con toda atención. Al cabo de unos momentos, se puso en pie.

—Uno de los sospechosos de la lista es Tryna Foeder —dijo.

—En efecto.

—Vamos a verla. Ella no asesinó a su padre, pero sabe quién lo hizo —afirmó el robot.

CAPITULO III

—Penrod, ¿te das cuenta de que Tryna es una renombrada equilibrista? La mejor de Mythron…

—Pero también es muy hermosa y usted la considera amante de Regon Sluzz, el ingeniero ayudante de su padre.

—Regon lo admitía sin remilgos —contestó Vivian, atenta a los mandos del aeromóvil—. Yo la cité en la lista de sospechosos, porque acaso sabe algo por mediación de su amante, pero sin que, en realidad, haya tomado parte en el crimen.

—Al contrario, Tryna tuvo una actuación muy importante en el asesinato.

—No comprendo…

—He encontrado rastros microscópicos de cáñamo en el adorno del tejado. Tryna actúa en el Galactic Circus, ¿no es así?

—En efecto, y su número es el más arriesgado y el que atrae a más público. ¿Sabes en qué consiste?

—Explíquemelo, por favor.

—Hay un cable tendido sobre el pozo Focus I, el menos importante de todos los que existen en la comarca. Como no ignoras, Mythronia se abastece de energía, mediante el fuego interno de numerosos pozos, en los que hay lava constantemente en fusión. Algunos de ellos tienen cientos de metros de diámetro, por unos mil metros de profundidad hasta la superficie de la lava. Los estudios realizados, demuestran que la lava alcanza varios miles de metros más de profundidad. Es una especie de erupción continua, pero mansa, cuya energía se aprovecha para los usos cotidianos, incluyendo las industrias, naturalmente.

»Focus I es el más pequeño y, por ahora, no se utiliza, debido al sobrante de energía de que disponemos. Aun así, mide ciento ochenta metros de diámetro, por trescientos veinte desde el borde hasta la superficie de las materias en fusión. Todos los días, menos el de descanso semanal, Tryna atraviesa Focus I, a pie, sobre un cable, y llevando sobre los hombros a su *partenaire*. Es un número muy espectacular y que atrae a millares de personas…

Vivian se interrumpió de pronto.

—¡Penrod! Creo que el asesino llegó así hasta el laboratorio —exclamó vivamente, un segundo después.

—Exacto —corroboró Penrod—. Así entró el asesino en el laboratorio, a hombros de Tryna. Ni ella ni el asesino llevaban sobre su cuerpo nada metálico, a fin de no influenciar los detectores, y por dicha razón, utilizaron una cuerda de cáñamo.

—Pero son más de cincuenta metros. Es una distancia imposible de salvar, si suponemos que la arrojaron como si fuese un lazo...

-—Sin duda, utilizaron un gancho de plástico. O quizá con alguna especie de escopeta de aire comprimido, también de plástico. O quizá fue solamente una especie de contrapeso, que permitió al lazo rodear el adorno. Una vez hecha la operación, Tryna pasó al asesino sobre sus hombros, como hace en Focus I y, ya en el tejado, el asesino no tuvo más que descolgarse y entrar en el laboratorio, llevando consigo la bolsa con la caja antidetección.

—¿Y la barra de hierro?

—Estaba ya allí desde hacía tiempo, traída por el asesino, hombre conocido de su padre. Cuando entra un conocido, no importa que suene la alarma, ¿verdad?

—No, es cierto.

—Muy bien, entonces, sólo nos falta interrogar a Tryna... mejor dicho, lo hará usted, con los datos que yo le he facilitado, y que nos diga a quién ,llevó sobre sus hombros el día del crimen.

Vivian se quedó muy pensativa durante unos momentos. Luego dijo:

—Penrod, ¿se te ha pegado algo del espíritu deductivo de tu amo?

El robot «sonrió».

—El señor Holmes es muy bueno conmigo y constantemente está dándome «lecciones», por así decirlo, que yo almaceno en mis circuitos de memoria. Pero, en realidad, ha sido un trabajo relativamente fácil —contestó.

—Eso lo dirás tú —exclamó Vivian—. Yo me siento llena de admiración.

—Usted es muy buena conmigo, señorita.

Penrod hizo una pausa y añadió:

—Y por eso haré todos los posibles para que los asesinos de su padre sean descubiertos y castigados como se merecen —añadió.

—Pero, Penrod, al menos conocemos ya a uno de ellos: Tryna Foeder —exclamó la muchacha.

—Tryna fue uno de los cómplices, pero no autora del plan trazado para matar a su padre y aprovecharse de sus investigaciones —contestó el robot.

*

El gentío era enorme en las inmediaciones de Focus I. Penrod divisó una gran explanada, en uno de cuyos lados se podía ver una gigantesca carpa, mayor que ninguna de las conocidas hasta entonces. La carpa tenía casi cien metros de altura, por doscientos de ancho y trescientos cincuenta de longitud y estaba sostenida por una docena

de postes, cuyas dimensiones estaban completamente de acuerdo con la colosal tienda. Un poco más a la derecha, se veían los alojamientos de los artistas circenses, casi todos instalados en barracones fijos, fácilmente desmontables, aunque también podían ser transportados a remolque sobre ruedas.

Había asimismo una feria con todo género de diversiones, sin que faltase una gigantesca taberna, muy concurrida en aquellos momentos. Vivian compró dos entradas en una de las taquillas de la entrada y así pudieron acceder al recinto.

Las entradas tenían varias subdivisiones, para asistir a los diferentes espectáculos. Vivian, conocedora del ambiente, guió al robot entre aquella ruidosa muchedumbre, en la que se veían tipos de todas clases, con las figuras más absurdas y las vestimentas jamás imaginables.

Al otro lado de la carpa, a unos mil metros de distancia, se divisaba el anfiteatro circular levantado en torno al pozo de lava. La gente acudía ya hacia aquel lugar, morbosamente ansiosa de contemplar el espectáculo en el que Tryna Foeder se jugaba la vida a diario, en unión de su *partenaire,* Kymon Kartz.

—Por aquí, Penrod —dijo.

El robot la siguió dócilmente. Vivian fue leyendo los rótulos de los distintos alojamientos de los artistas. Algunos eran, al menos exteriormente, fastuosos palacios móviles. Otros eran más modestos, pero, en general, se advertía que los artistas de aquel circo obtenían saneados ingresos con sus habilidades.

De pronto, se detuvieron ante lo que parecía una casa de cuento de hadas, con tejado picudo y paredes multicolores. Sobre el dintel de la puerta, a la que se llegaba mediante una escalera de cinco peldaños, había un rótulo: «Tryna Foeder, la mejor equilibrista de la galaxia».

Vivian se dispuso a llamar a la puerta, pero, en aquel momento, una docena de hombres, brillantemente iluminados, llegaron a paso de carga.

—¡Fuera, apártense! —ordenó su jefe, cuyo uniforme aparecía lleno de deslumbrantes galones—. ¡La incomparable Tryna se dispone a actuar!

Los doce hombres formaron en dos filas ante la puerta, que se abrió de inmediato. Tryna apareció en el umbral, seguida de su *partenaire.*

—Oh, yo creí que era otra clase de mujer —dijo Vivian.

—¿Cómo pensaba usted que podía ser la artista? —preguntó Penrod.

—Bien, puesto que es la amante del ingeniero jefe, me la imaginé alta, rotundamente bella, radiante de hermosura…

Tryna era una mujer más bien bajita, delgada, de formas apenas perceptibles bajo el lujoso vestido de trabajo, con la cara triangular y el pelo, sujeto por una malla de plata, de color indefinido, un muy poco agradable tono amarillo y ceniza. El hombre que estaba tras ella y que vestía un traje algo más modesto, no ofrecía tampoco una apariencia mucho más atractiva.

—No puede ser muy alta, debido a su profesión —dijo Penrod—. En cuanto a lo de su hermosura… eso depende siempre de los ojos del enamorado.

—Sí, creo que tienes razón —contestó la muchacha.

Tryna había descendido ya de la casa y Vivian adelantó un paso, rompiendo la barrera de protección.

—Señora Foeder, quiero hablar con usted —gritó.

La artista volvió su rostro un momento y sonrió.

—Más tarde, amiga mía —contestó amablemente—. Venga después y con mucho gusto le concederé una entrevista para su periódico.

—Temo que esté equivocada —dijo Vivian—. No soy periodista. Quiero hablarle de la muerte del profesor D'Brunt.

La expresión de Tryna cambió de inmediato. Su sonrisa desapareció y en sus ojos hubo un relámpago, mezcla de furia y temor. Agitó la mano izquierda y se envolvió en el costoso manto, orlado de oro, que formaba parte de su atuendo.

—Vamos, Kymon —dijo a su *partenaire*—, el público se está impacientando.

Kymon arrojó una dura mirada a la muchacha y caminó detrás de la artista. En aquel instante, Vivian adquirió la convicción de que sus palabras habían resultado certeras.

—Ellos lo hicieron —susurró al «oído» de Penrod.

—Entonces, será preciso descubrir al hombre que les pagó por cometer el crimen y robar el H.T.V.

—Hablaremos con ella después de la función. ¡Vamos!

La marcha de Tryna podía seguirse a través del griterío y las aclamaciones con que era acogida su presencia por el público. Vivian guió a Penrod hasta el anfiteatro construido alrededor de Focus I y, por mediación de los billetes, pudieron encontrar bien pronto las localidades, en una fila situada a media altura sobre el nivel del suelo.

El pozo medía unos ciento ochenta metros de diámetro y, a trescientos metros más abajo, se divisaba la pasta roja, que hervía y burbujeaba continuamente y de la que se desprendían tenues hilachas de vapor. El suelo, primitivamente horizontal en torno al pozo, había sido excavado en forma de embudo, de paredes inclinadas en ángulo de casi 45 grados y hasta una distancia de cien metros del borde, a fin de que los espectadores pudieran ver con toda comodidad la

superficie de la masa de lava.

A ambos lados del pozo y ya en los bordes del embudo, había sendos castilletes que sostenían el cable por el que debía cruzar la artista. Tryna apareció de pronto y fue acogida, con un estruendoso clamoreo de vítores y gritos de todas clases. Tryna saludó, con los brazos en alto, girando sobre sí misma, a la vez que sonreía en correspondencia al recibimiento. Tiró unos cuantos besos al público y se dispuso a trepar por la escalera que conducía a lo alto del castillete.

Un megáfono sonó y el locutor reclamó silencio. Cuando el griterío se hubo acallado, dijo:

—Señoras y señores espectadores, la grande, la única, la incomparable Tryna Foeder, va a desafiar a la muerte, cruzando sobre el hirviente pozo de lava que están contemplando en el centro del anfiteatro. Desde sus localidades, pueden ver la lava que hierve desde el principio de los siglos y cuyo calor se extinguirá solamente... cuando este planeta haya muerto, cosa que no nos afectará a los presentes, ténganlo por seguro, porque ninguno viviremos un par de miles de millones de años más.

Sonaron algunas risitas. Vivian se inclinó al oído de Penrod.

—Repite el discurso una vez al día —susurró.

Penrod hizo un gesto de asentimiento. El presentador continuaba hablando:

—El pozo Focus I tiene un diámetro de ciento ochenta y dos metros y una profundidad de trescientos veinte, contando, naturalmente, desde el nivel del suelo horizontal. Al rebajarse este suelo en forma de embudo, para que los espectadores pudieran apreciar la lava visualmente, la profundidad, desde el mismo borde del pozo es de doscientos veinte metros solamente, Pero la distancia total, desde la cuerda sobre la que atravesará la gran Tryna, es de trescientos ochenta y siete metros, más la altura de los castilletes que lo soportan. Y ahora que ya conocen ustedes las características técnicas de Focus I... ¡Atención! ¡Silencio! ¡La incomparable Tryna Foeder se dispone a realizar la más peligrosa travesía nunca imaginada por el ser humano!

Hubo un breve pero retumbante redoble de tambor. Tryna extendió los brazos en señal de saludo, giró una vez sobre sí misma y luego se agachó, a fin de que Kymon pudiera cabalgar sobre sus hombros.

El silencio se había hecho total, absoluto. Los ruidos de la feria habían cesado también. Hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

La multitud tenía, los ojos fijos en las dos figuras que se disponían a correr una arriesgada aventura. Todo el mundo contenía el aliento.

Tryna se irguió. Ahora, Kymon estaba en pie sobre sus hombros.

—Es una mujer muy fuerte, pese a su poca estatura —comentó Vivian.

—Está muy bien entrenada —apuntó Penrod.

Alguien siseó enérgicamente cerca de ellos. Vivian se puso colorada.

Tryna empezó a caminar, con los brazos extendidos, al igual que Kymon. Paso a paso, se fueron adentrando en el vacío. El cable oscilaba muy levemente.

Reinaba un silencio casi religioso. Millares de ojos contemplaban ávidamente la escena. Con infinita lentitud, Tryna se fue adentrando en el pozo. Una vez se detuvo durante un segundo, pero volvió a continuar la marcha.

Tryna rebasó el borde del pozo. Vivian contuvo el aliento instintivamente.

De súbito, se oyó un seco estallido.

El cable se soltó del caballete de llegada y culebreó violentamente en el aire.

Se oyó un gigantesco alarido de terror.

Todos los espectadores se pusieron en pie instintivamente.

Al romperse el cable y perder su tensión, Tryna se inclinó hacia adelante, cuando apenas había rebasado en una docena de metros el borde del hirviente pozo.

Kymon emitió un grito desgarrador al salir disparado hacia un costado.

Volteó en el aire, manoteando desesperadamente, para ir a zambullirse en la masa de lava, a enorme temperatura, en la que desapareció, tras un fugaz chispazo.

Tryna pareció seguir el cable que oscilaba en sentido vertical.

Frenéticamente, intentó girar en el último instante, para agarrarse al cable con ambas manos, pero su cuerpo chocó antes con gran violencia, saliendo despedida en sentido opuesto. En su caída trazó una parábola descendente, que concluyó cuando su cuerpo se fundió con la lava en centésimas de segundo.

CAPITULO IV

El célebre detective llenó una copa y se la entregó a Vivian.

—Creo que lo necesita —dijo en tono persuasivo.

Ella asintió.

—Ha sido lo más horrible que he visto en mi vida —confesó.

—Sí, es cierto —convino Holmes—. He visto las imágenes captadas por un operador de televisión, que han sido pasadas inmediatamente por la estación central. Algo horrible, verdaderamente.

— ¡Fue un asesinato! —exclamó Vivian.

—¿De veras? —Holmes arqueó las cejas, dubitativo.

—Claro que sí. De otro modo, no se comprende la rotura del cable...

—Era muy sólido y, me imagino, sería revisado con gran frecuencia por los empleados del mismo circo.

—Alguien lo desgastó...

—La señorita Vivian tiene razón en lo del asesinato. Se equivoca en lo referente al desgaste del cable.

Holmes y la muchacha se volvieron hacia el robot.

—¿Cómo lo sabes, Penrod? —preguntó el famoso detective.

—Todo el mundo oyó un chasquido y lo achacaron al producido por el cable al romperse. En realidad, la rotura se produjo a causa de una explosión —declaró el robot.

—¡Pero no se vio humo! —alegó Vivian.

—Posiblemente, el autor empleó neodinamita, el explosivo que deflagra absolutamente sin humo, con una gran potencia explosiva y calórica al mismo tiempo. El calor destruyó sin duda el mecanismo explosivo, hecho detonar a distancia, por supuesto.

—Una hipótesis sumamente interesante —dijo Holmes. Se encaminó hacia el videófono y pidió comunicación con el Centro Máximo de Policía—. Diga mi nombre, por favor, señorita —solicitó a la operadora.

—Está bien, señor Holmes.

El famoso detective obtuvo la comunicación a los pocos instantes. Habló con un oficial de policía durante un minuto y luego presionó la tecla de cierre.

—Ya está —dijo, volviéndose hacia la muchacha—. Ahora es cuestión de que la policía tome cartas en el asunto.

—Me pregunto por qué los han asesinado —dijo Vivian pensativamente.

—Está bien claro —respondió Penrod—, Ellos fueron los autores

del robo... mejor dicho, lo hizo Kymon, después de cruzar sobre la soga de cáñamo, para llegar al tejado del laboratorio. Una vez allí, Kymon, sin duda, se descolgó por otra cuerda hasta la ventana, entró y... La segunda cuerda, en mi opinión, atada al mismo remate, fue la que dejó los rastros de fibra que yo he encontrado.

—Falta averiguar lo referente a la barra de hierro.

Holmes levantó una mano.

—Alguien la introdujo previamente, en eso estoy de acuerdo con Penrod —dijo, conocedor ya de las investigaciones realizadas por el robot.

—Sí, pero ¿quién? Porque ni Tryna ni Kymon habían estado allí jamás... y mi padre no permitía la entrada a ninguna persona desconocida y mucho menos a quien no tenía relación alguna con sus trabajos, ¿Qué podían hacer allí dos artistas de circo?

—Entonces, continuamos sospechando del restante personal. Vivian, ¿cuál es el siguiente en su lista?

—Regon Sluzz, el ingeniero y primer ayudante...

—Con permiso —intervino Penrod—. ¿No había un jefe de seguridad?

—Sí —exclamó la muchacha—. Es una mujer, Aenia Rupii, aunque hace ya tiempo que no sé de ella. Aenia se encargaba de la vigilancia del laboratorio, junto con tres detectives, que se turnaban las veinticuatro horas del día. Naturalmente, ella era la que permitía o negaba la entrada a personas que no fuesen conocidas o no hubieran sido citadas previamente.

—Y no la ha visto desde entonces.

—No. Asistió a los funerales, se despidió de mí... y eso es todo lo que sé.

—Penrod tiene razón —dijo el célebre detective—. Será preciso empezar por Aenia.

El videófono zumbó en aquel momento. Holmes se separó de la pareja y se acercó al aparato. Escuchó atentamente durante unos segundos, hizo varios gestos de aquiescencia y luego se volvió hacia la muchacha.

—El castillete que sostenía el cable, en el punto donde se rompió ha ardido por completo. Era de madera, creo recordar.

—Sí —contestó ella.

—Pues bien, un misterioso incendio lo ha destruido por completo.

—Pero queda el punto de amarre del cable, que era metálico...

—Los restos del castillete resbalaron por la pendiente del embudo.

Vivian calló, al comprender con toda claridad lo ocurrido. El asesino había borrado así las pruebas de su crimen.

Pero, de pronto, recordó algo:

—¡Hay una grabación de la escena! Se verá la explosión...

Holmes hizo un gesto negativo.

—La cámara enfocaba solamente a Tryna y á su *partenaire,* por lo que no captó el pequeño fogonazo de la explosión. Lo recuerdo muy bien; hasta que ustedes no me lo dijeron, yo había pensado en una rotura del cable, aunque no accidental, por supuesto.

Vivian dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, desalentada.

—Otra posibilidad que se esfuma -—dijo.

En aquel momento llamaron a la puerta.

*

El visitante era un hombre alto, elegantemente ataviado con una túnica que le llegaba hasta los pies y manto azul, recogido en el brazo izquierdo. Una cinta de tela de oro, adornada con brillantitos, ceñía su frente y, en los dedos de su mano izquierda, se veían un par de sortijas, de gran precio, con diamantes tan gordos como cerezas. Aparentaba unos cuarenta años y sonreía benévolamente.

—¡Señor Guittoff! —exclamó la muchacha.

El recién llegado avanzó hacia Vivian, la cogió por los hombros y la besó suavemente en ambas mejillas.

—Cuánto me alegro de verte, hija mía —dijo afectadamente—. Me he enterado de tu llegada, pero las obligaciones de mi cargo me han retenido más de lo que hubiera deseado...

—No se preocupe —sonrió ella—. Señor Guittoff, permítame que le presente al gran Zerlock Holmes, el más famoso detective privado de la galaxia. Señor Holmes, éste es Smax Guittoff, un gran amigo de mi padre... y socio financiero en su empresa, además.

—Soy segundo consejero del Primer Banco Nacional de Mythronia —dijo Guittoff—. Y permítame expresar mi satisfacción por conocer a tan gran investigador. Señor Holmes, puede estar seguro de que, al saludarle, se realiza el sueño de mi vida.

Holmes sonrió.

—Temo que exagera un poco, amigo mío —contestó—. Pero no por ello dejo de agradecer sus frases elogiosas, inmerecidas, aunque halagadoras.

—Han sido la expresión de mis sentimientos —dijo Guittoff. De pronto se volvió y miró a Penrod.

—Es mi criado, un robot al que llamo Penrod —aclaró Holmes.

—Oh, comprendo... Vivian, debo decirte que has hecho una elección acertadísima al contratar los servicios del señor Holmes. Estoy seguro de que él sabrá descubrir a los asesinos de tu padre y recuperar el H.T.V. ¿Sabe, señor Holmes?, yo financiaba las investigaciones de mi buen amigo muerto y deseo más que nadie, se encuentre a los asesinos y ladrones. Usted lo conseguirá, sin duda

alguna; en Mythronia, a decir verdad, lo que tenemos es policía sólo de nombre, pero no de hechos.

—Esa policía está compuesta por seres humanos y, como tales, sujetos a error —sonrió el célebre detective—. Estoy seguro de que hicieron cuanto les fue posible, pero no debemos pasar por alto el hecho de que fue un crimen habilísima-mente planeado y ejecutado a la perfección.

—Indudablemente —convino Guittoff—. Vivian, no es necesario que te diga que estoy enteramente a tu disposición. Cuanto necesites, pídemelo sin vacilar.

—Gracias, señor Guittoff.

El visitante tendió la mano hacia Holmes.

—Recordaré este día como uno de los más felices de mi existencia —aseguró como despedida.

—Bien —exclamó Vivian momentos después—, creo que yo también debo marcharme.

—¿A su casa? —preguntó Holmes.

—No. He tomado una habitación en el mismo hotel. Prefiero estar cerca de ustedes, para ayudarles en lo que sea preciso.

—Es una excelente idea. Penrod, acompaña a la señorita.

—Bien, señor.

En la puerta, Vivian se volvió un instante.

—Mañana iniciaremos la búsqueda de Aenia Rupii —dijo.

—Será lo primero que hagamos —respondió Holmes.

*

Penrod llamó a la puerta y Vivian la abrió a los pocos momentos.

—Buenos días, Penrod —saludó la muchacha—. ¿Has descansado bien? Oh, qué pregunta... Decirle eso a un robot...

—No tiene importancia, señorita —confesó Penrod—. A usted sí parece haberle sentado bien el sueño. Se ve fresca, radiante...

Ella se echó a reír.

—Y eso que acabo de levantarme de la cama —dijo—. Todavía tengo que ir al baño... Tendrás que decirle a tu amo que me dispense por la tardanza.

—El señor Holmes se encuentra ligeramente indispuesto y no podrá acompañamos, señorita —manifestó el robot.

—¿Qué le sucede? —preguntó ella.

—Oh, una ligera jaqueca... Parece que le ha afectado un poco el cambio de aires. Pero usted y yo investigaremos y, a la noche, le comunicaremos el resultado de nuestras averiguaciones. El, sin duda, con su fenomenal inteligencia, podrá darnos soluciones para los problemas que a nosotros nos resulten insolubles.

—Muy bien, Penrod, me parece excelente. Y ahora, si me dispensas, voy al baño...

—Si no le importa, pediré el desayuno para usted.

—Para dos, Penrod.

—Yo no desayuno, señorita.

Vivian soltó una risilla.

—Otra vez —dijo—. La costumbre, claro.

Se quitó la bata, que lanzó a un lado y, completamente desnuda, se encaminó hacia el cuarto de baño. Penrod permaneció inmóvil en el mismo sitio.

Vivian salió media hora más tarde y empezó a buscar un traje apropiado.

—Como eres un robot, no me importa estar desnuda delante de ti —dijo, mientras extraía del armario un vestido de color fuego.

—Sí, señorita —contestó Penrod.

Vivian pidió el desayuno. Al terminar, agarró el bolso, se lo colgó del hombro y caminó hacia la puerta.

—¿Listo, Penrod?

—A su disposición, señorita.

Cuando iba a salir, ella se detuvo, con la mano en el pomo, y le miró fijamente.

—Penrod, aunque seas un robot, y no lo pareces en absoluto, me gustaría dejases de lado el protocolo y me tratases con toda confianza. Llámame por mi nombre y tutéame, ¿entendido?

El robot se inclinó.

—Mi amo me ordenó obedeciese en todo tus indicaciones, Vivian —repuso.

—Muy bien, entonces, no perdamos tiempo. ¡Vamos a buscar a Regon Sluzz!

Salieron del hotel.

—No hace falta que utilicemos el aeromóvil —dijo ella—. Viajaremos en una cinta deslizante, que nos dejará a pocos pasos de su residencia.

—Como quieras.

Vivian se encaminó hacia la cinta deslizante, que corría a veinte metros de la puerta del hotel.

De repente, se detuvo, a la vez que extendía la mano.

—¡Penrod, está ahí! —gritó—. Míralo, ése es... ¡Señor Sluzz!

Un hombre se disponía a tomar la cinta deslizante en aquellos momentos, abordándola por el lado opuesto.

Al oír el grito de la muchacha, volvió la cabeza.

—¡Señor Sluzz, aguarde! —pidió Vivian—. ¡Queremos hablar con usted!

Sluzz retrocedió un paso.

De pronto, metió la mano en el interior de su blusa.
—No irá a sacar un arma… —dijo ella aprensivamente.
De súbito, Sluzz desapareció.

CAPITULO V

—¡Caramba! —exclamó Penrod—. ¿Dónde se ha metido ese hombre?

Vivian frunció el ceño.

—Pensé que iba a atacarnos... Ah, ya lo sé. ¡Ha empleado un T.I.I.!

—¿Cómo?

—Un aparato de traslación instantánea individual—. Ella suspiró —. A saber dónde habrá podido ir...

—Quizá consigamos averiguarlo, Vivian.

—¿De qué forma, Penrod?

—En su casa. Usted sabe dónde está, me parece.

—Sí, es cierto. Vamos allá.

Subieron a la cinta deslizante, que se movía a unos veinte kilómetros por hora, y se dejaron llevar durante unos treinta minutos. Vivian saltó fuera y agitó la mano.

—Por aquí, Penrod.

El robot la siguió. Vivian caminó por la acera de una gran avenida, muy ancha y bordeada de enorme árboles, que crecían entre el césped, sembrado en unas suaves laderas situadas a ambos lados de la vía pública. En lo alto de las laderas se veían numerosas edificaciones, aunque separadas mínimamente por una distancia no inferior a ciento cincuenta metros.

Los edificios eran de las formas más diversas y el influjo de los estilos arquitectónicos mythronianos se advertía claramente. Al cabo de unos minutos, Vivian inició el ascenso por un sendero que conducía a una casa de forma globular, sostenida por un pedúnculo de sección cilíndrica y unos tres metros de diámetro.

En la base de la columna, a un metro del suelo, se divisaba una placa con el nombre del ocupante de la vivienda. Debajo se veía una hilera de botones, diez en total, más otro, algo mayor, de color rojo. Vivian apretó este botón y aguardó unos instantes.

—Me parece que no está en casa —dijo al cabo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Si estuviese, el botón se volvería de color verde. Pero no importa, entraremos de todos modos.

—Me explicarás la manera...

—Es bien sencillo. Los otros botones, numerados del uno al cero, sirven para componer la combinación de apertura, Y yo la conozco, porque hemos venido aquí en más de una ocasión.

Vivian suspiró.

—Hubo un tiempo que creí estar enamorada de Sluzz —añadió

melancólicamente.

—Y no lo estabas.

—Era solamente un espejismo de adolescente —contestó ella.

—En mis circuitos de memoria tengo grabaciones de situaciones semejantes —dijo el robot—. Trata de consolarte....

—Lo he olvidado ya, Penrod.

Vivian marcó la cifra correspondiente y el botón rojo se puso de color verde. Un ascensor bajó del glóbulo que era la casa y pusieron pie en su suelo. Instantes después, se hallaban en el interior del singular edificio.

Las paredes, aparentemente opacas desde el exterior, se volvían transparentes una vez dentro. Vivian explicó que, sin embargo, los cristales disponían de mandos polarizables, para volverlos también opacos si se deseaba y, naturalmente, por sectores.

El edificio estaba dividido en dos plantas, la superior destinada a dormitorios. En la inferior había un enorme salón, un pequeño cuarto de trabajo, la cocina y los servicios. Penrod esperó a que la muchacha tomase una decisión.

—Empezaremos por el despacho —dijo ella.

—Muy bien.

Vivian inició el registro inmediatamente. Muy pronto, sin embargo, pudo comprobar que todos los papeles y documentos que había allí no tenían la menor relación con el suceso que estaba investigando.

Al terminar, se mordió los labios, con gesto de contrariedad.

—¿Dónde habrá podido meterse ese estúpido? —dijo, despechada.

De pronto, los ojos de Penrod captaron algo que a ella le había pasado por alto. Acuclillándose junto a lo que parecía una cesta de mimbre empezó a sacar fragmentos de papel en su interior.

—¡La papelera! —exclamó Vivian.

Penrod no contestó, concentrado en el examen de los restos de papel contenidos en el cesto. Al cabo de unos momentos, sacó uno, hecho una bola, y lo desplegó y alisó con todo cuidado.

—Alguien le llamó por videófono y le indicó un dato de importancia —dijo.

Vivian se inclinó , apoyándose con las manos en las rodillas. Por encima del hombro de Penrod pudo leer.

—Las fuentes de Vapor, Monolito Sur. ¡Conozco ese lugar!

Penrod se incorporó.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—Es una región muy especial, con grandes manantiales de vapor de agua, que sale a elevadísima presión y alcanzan, en ocasiones, los doscientos metros de altura. Hay un gran balneario, que aprovecha las aguas cálidas de los manantiales y, aparte, una serie de paisajes de

gran belleza, que lo hacen muy concurrido en toda época.

—La nota menciona el Monolito Sur…

—Sí, hay formaciones rocosas, muy peculiares, que son visitadísimas por los turistas. ¡Estoy segura de que el Monolito Sur hay algo, Penrod! —exclamó Vivian, sumamente excitada.

—Entonces, será cosa de ir allí…

—Cuanto antes —dijo la muchacha.

—Por favor mi amo tiene que saberlo. Aunque si lo ordenas, claro que obedeceré…

Vivian sonrió.

—Tienes razón —contestó—. Las fuentes de Vapor están a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia y es un viaje que no se hace en unos pocos minutos. Debemos prepararnos adecuadamente, pero, ¿cómo ha podido arrojar esa nota a la papelera?

—Sin duda, fue una acción maquinal —supuso Penrod—, Alguien mencionó el lugar, Sluzz tomó nota y luego, no necesitando ya de lo que había escrito, hizo una bola con el papel y lo arrojó a la papelera.

—Pero quizá… lo hizo muchos días atrás…

—No lo creo.

Penrod se acercó a la mesa y buscó el bloc de papel que había junto al videófono. Después de examinarlo durante unos segundos dijo:

—Es la última nota escrita por Sluzz. La hoja siguiente de papel tiene todavía las marcas de la presión del lápiz, al escribir sobre la que arrojó a la papelera.

—No cabe duda —sonrió Vivian—; Zerlock Holmes te ha enseñado a investigar.

Penrod se inclinó.

—Es un maestro —calificó.

Luego dirigió la vista hacia el videófono.

—Quizá haya alguna grabación…

Vivian se acercó al aparato y pulsó una tecla. Una lucecita amarilla se encendió de inmediato.

—Ha borrado todas las grabaciones registradas hasta el momento —exclamó.

—Bien, entonces, no queda más que regresar al hotel y comunicar a mi amo que…

—¡Aguarda un momento, Penrod! —dijo Vivian—. ¿Qué es lo que sucede allí?

Los ojos de la chica estaban fijos en una escena que se producía fuera de la casa, a menos de cien metros de distancia. Había un par de policías de uniforme y algunos curiosos, rodeando algo caído en el suelo y que no podían identificar desde el lugar en que se hallaban.

—Vamos a ver qué pasa —propuso ella.

Descendieron al suelo y caminaron hacia el punto donde los curiosos aumentaban de número. Mientras, habían llegado dos policías más, uno de los cuales llevaba un gran trozo de tela en las manos.

—Apártense, despejen, por favor... —rogaba otro policía.

Vivian y Penrod se situaron en primera fila. Al pie de un árbol de tronco muy grueso, se veía un bulto informe, ya cubierto por la tela que había traído el policía.

—Señora, por favor retírese...

—¿Qué ha pasado, agente? —pregunto Vivian.

—Un fallo en un T.I.I., señora. El hombre que lo utilizaba, calculó mal sin duda y, al materializarse, lo hizo demasiado cerca del árbol.

Vivian sintió un escalofrío de horror. De pronto, sonó la voz de Penrod:

—Agente, soy el criado personal de Zerlock Holmes, el famoso investigador. Sospecho que la víctima de ese desagradable suceso, es un conocido de la señorita a la que acompaño. ¿Me permite examinar sus restos?

En la cara del guardia apareció de pronto un gesto de admiración.

—He oído hablar mucho de su amo —dijo—. Sí, por supuesto, investigue todo lo que quiera, aunque no creo que pueda encontrar mucho.

—Gracias —dijo el robot.

Dio unos pasos y se acercó al árbol, en cuyo tronco se veía una extraña marca, de la altura de un hombre y de una profundidad aproximada de diez centímetros. Una sustancia rojiza se escurría todavía hacia abajo y caía al pie del árbol, manchando repugnantemente la hierba.

Levantó la tapa de la caja de control y la observó durante unos minutos. Luego se volvió hacia la muchacha y los guardias que estaban junto a ella.

—Alguien manipuló el control del T.I.I., de modo que se produjera un ligerísimo error en las coordenadas de llegada. Por eso, en lugar de aparecer en su casa, lo hizo aquí... y no se materializó lejos del árbol, sino que su cuerpo se mezcló en parte con la sustancia vegetal. Fue una reconstrucción instantánea de la materia, pero en mezcla con otra distinta y ello provocó la catástrofe, es decir, la descohesión total de las moléculas humanas y, naturalmente, de parte de las del árbol, como se aprecia en el hueco que queda a la vista.

—Hágala enviar al departamento correspondiente y que examinen a fondo sus controles —añadió.

—Pero señor...

—Sólo soy un robot —sonrió Penrod.

—Bien... —El guardia carraspeó—. No dudo de sus palabras, pero

¿quién era la víctima?

—Regon Sluzz, ingeniero —contestó Vivían—. Penrod, regresemos.

—Como usted ordene, señorita.

*

—Está claro ya —dijo el célebre detective, una vez conocidos los hechos—. Sluzz era otro de los complicados en el caso.

—Y lo eliminaron —dijo Vivían.

—No hay duda de que estorbaba.

—Pero ¿por qué? Había sido ayudante de mi padre; conocía su trabajo como ninguno. Podía ser un hombre muy útil...

—Hija, sospecho que nuestra llegada ha sido como la piedra arrojada a la charca de aguas tranquilas—. Holmes aplicó un fósforo a la cazoleta de su pipa—. Esa charca estaba quieta y nosotros la hemos revuelto, eso es todo.

Vivian asintió.

—Es cierto, pero, al menos, hemos encontrado... mejor dicho, ha sido Penrod el que ha encontrado una pista.

—Puede resultar interesante, en efecto.

—¿Irá usted a las Fuentes de Vapor, señor Holmes?

El famoso investigador sonrió.

—No me perdería el viaje por nada del mundo —contestó.

—¿Le parece bien que salgamos mañana a primera hora?

—Por mí, no hay inconveniente. ¿Necesitas que te acompañe Penrod?

—No, muchas gracias; puedo hacerlo yo sola.

Vivían se encaminó hacia la puerta, pero antes de salir se volvió y miró a Holmes con expresión pensativa.

—¿Cuál fue el papel de Sluzz en el asesinato de mi padre?

—Era el amante de Tryna Foeder, ¿no?

—Sí, es un hecho suficientemente comprobado. Incluso yo recuerdo a mi padre haberle oído bromear sobre el caso. Sluzz parecía loco por Tryna, pero ella no era una belleza que digamos...

—Quizá tendría otras cualidades, qué sólo un hombre enamorado podía apreciar —contestó Holmes maliciosamente. *

Vivían se ruborizó.

—Sí, es posible —admitió con una sonrisa de circunstancias.

El famoso detective y su criado quedaron solos, comentando distintos aspectos del caso. Una hora más tarde, inesperadamente, alguien llamó a la puerta.

Penrod abrió. Una mujer apareció en el umbral, sonriendo atractivamente.

—Soy Aenia Rupii —se presentó.

CAPITULO VI

Aenia era una joven de unos treinta años, alta, de cuerpo exuberante, pelo muy rubio y ojos azules. Vestía una especie de túnica corta, con el hombro izquierdo al descubierto, y usaba botas de media caña y tacón de ocho centímetros. Pendiente del hombro llevaba un bolso de cuero rojo.

—Aenia Rupii, la jefe de seguridad del laboratorio del difunto profesor D'Brunt —exclamó Holmes.

—En efecto -—contestó la visitante—. ¿Puedo hablar con usted, señor Holmes?

Aenia estaba frente a Penrod. El famoso detective sonrió.

—No tengo ningún inconveniente en escucharla, señora, pero se está dirigiendo a mi criado y es un robot. Penrod, ¿quieres servir algo de beber a la señora Rupii?

—Sí señor.

—Oh, qué tonta soy... —dijo Aenia—. No he sabido ver la diferencia...

—Penrod es un robot magníficamente construido. Si no se conoce su «identidad», se llega a creer que es una persona —sonrió Holmes —. Pero, por favor, señora Rupii, tome asiento.

—Muchas gracias. Créame, me siento emocionadísima al conocer a tan famoso detective. Nunca pensé que podría verle en persona... Señor Holmes, ¿sabe que su fama traspasa todas las fronteras planetarias?

—La gente propende a exagerar, señora —dijo Holmes—. De todos modos, muchas gracias por sus amables palabras.

Aenia se había sentado ya, con gran despliegue de piernas, llenas de atractivos. Hizo un gesto con la cabeza al aceptar la copa que le tendía Penrod, tomó un sorbo y luego la dejó a un lado.

—Señor Holmes —empezó a hablar—, sin duda, al conocer las circunstancias del hecho, usted habrá pensado que mi actuación como jefe de seguridad, deja mucho que desear, ¿no es así?

—Alguna explicación tendrá el fallo de la vigilancia —dijo el famoso detective.

—Sí, la tiene —confirmó Aenia—. Poseo una grabación y puedo enseñársela cuando guste. Aquella noche, el profesor ordenó suspender toda la vigilancia e incluso nos despidió hasta la mañana siguiente. D'Brunt me dijo que iba a recibir a un importante personaje y que la entrevista debía realizarse completamente a solas. Lo único que no me ordenó fue desconectar los sistemas de alarma. Por eso estaba solo en el laboratorio cuando fue asesinado.

—Eso explica la ausencia del vigilante de turno —dijo Holmes pensativo—. Señora Rupii, ¿tiene usted alguna idea sobre la identidad del importante personaje que debía visitar al profesor?

—No, en absoluto. Sin embargo, me imagino que debía de ser alguien con mucho dinero. El profesor, en los últimos tiempos, andaba corto de fondos.

—Y solicitó un préstamo a alguien...

—Eso tengo entendido, aunque no puedo corroborarlo, por desgracia.

Holmes levantó el índice derecho.

—Se lo preguntaré a su hija —aseguró—. Continúe, señora Rupii.

—Ya no hay mucho más que decir... salvo que los cómplices del hombre que ideó el plan, han muerto.

—Usted se refiere, sin duda, a Tryna Foeder, su *partenaire* y el ingeniero Sluzz, ¿no es así?

—Exactamente, señor Holmes. Para mí, Sluzz fue el que introdujo la barra de hierro en el laboratorio. Podía hacerlo, muchas veces, llevaba un maletín en el que portaba instrumentos y herramientas de precisión. Dejaría la barra en algún lugar, que luego indicó a Kymon, y... El resto ya es sabido, me parece.

—Indudablemente —convino el célebre investigador—. Pero ¿no puede citar un nombre? Me refiero a la persona que podía financiar los trabajos del profesor...

—Se me ha ocurrido uno ahora, de repente —contestó Aenia—. El doctor Cobsten.

Holmes arqueó las cejas.

—¿Un médico?

—El más reputado neurólogo de Mythron IV —puntualizó la visitante—. Estaba muy interesado en los trabajos de D'Brunt. Es un hombre riquísimo, que cobra facturas principescas por sus diagnósticos y... Bien, es el médico de moda desde hace muchísimos años. Pero también tiene unas puntas de ambicioso.

—Creo que la entiendo —sonrió Holmes—. Lo que no comprendo, sin embargo, es la relación de un neurólogo con un físico.

—Bien, en la H.T.V. hay una cierta intervención de la mente humana. A este respecto, cierta colaboración de Cobsten con D'Brunt resultó de gran importancia.

—Sí, tiene razón —Holmes sonrió—. Señora Rupii, investigaremos en esa dirección. No sabe cuánto le agradezco su información.

Aenia se puso en pie y realizó una profunda inspiración.

—Me siento terriblemente halagada por haberle conocido —declaró.

—Es usted muy amable, señora...

—¿Por qué no me llama Aenia?

—Bueno, si lo desea...

Ella se acercó a Holmes y le puso ambas manos en los hombros.

—Me siento fascinada —murmuró.

—No soy una serpiente y usted no es un pajarillo —contestó Holmes.

—El efecto es análogo —dijo Aenia, con un ardiente suspiro.

Holmes emitió una leve sonrisa.

—Entonces, creo que debo convertirme en una serpiente —dijo. Movió una mano—. Aunque Penrod sea un robot, está delante y...

Aenia soltó una risita.

—Sí, parece un hombre de veras —contestó—. Ven, Zerlock.

—En seguida, encanto. Déjame que tome una copa para animarme...

—Te espero, querido.

Aenia desapareció en el dormitorio. Holmes guiñó un ojo a Penrod.

Transcurrieron unos minutos. La voz de Aenia llegó desde el fondo del dormitorio.

—¿Vienes ya, Zerlock?

—Ahora mismo, encanto.

La puerta estaba entornada. Una mano apareció por el hueco y tocó el interruptor de la luz para apagarla.

—Soy un poco tímido —dijo Holmes.

Ella lanzó una risita.

—Ven, encanto, yo curaré tu timidez.

Mucho más tarde, Aenia resopló.

—Zerlock, eres... tan buen amante como investigador —dijo.

—Lo uno no excluye lo otro —contestó él maliciosamente.

—Pero ya no eres un jovencito...

—En la Tierra y en esta época, cincuenta años son lo mismo que veinticinco o treinta hace tres siglos. Aparte de ello, la copa que me he tomado contenía... algo interesante.

—¿Un afrodisíaco?

—No hagas preguntas, hermosa.

—Tienes razón, eso no importa en absoluto —los mórbidos brazos de Aenia se enroscaron de nuevo en torno al cuello masculino—. Ven, ven otra vez, Zerlock... —pidió ardorosamente.

*

Aenia dormía profundamente. Reinaba un silencio absoluto en la *suite* ocupada por el famoso investigador y su criado.

El picaporte de la puerta que daba al corredor giró sin ruido. Una cabeza humana asomó por el hueco.

El intruso oteó el interior de la *suite,* que se hallaba en completa oscuridad. Sin embargo, se podían captar algunos detalles, merced a la luz que penetraba por los grandes ventanales del fondo.

Desde allí, podía divisar una silueta inmóvil, parada muy cerca de una de las ventanas. El sujeto terminó de entrar y cerró con todo cuidado. Luego caminó hacia el robot.

Paso a paso, se acercó a la máquina con figura humana. De súbito, un brazo se enroscó en torno a su garganta.

—Querías destruir a mi criado, ¿verdad?

El hombre se quedó quieto instantáneamente.

—¿No me contestas? Aunque quizá no pretendías destruir a mi criado, sino influenciar sus circuitos, para que me atacase en cualquier momento, ¿no es así?

El intruso seguía callado. Holmes continuó:

—Es una idea magnífica. Todo el mundo hubiera achacado mi muerte a un circuito descompuesto… ¿Quién te pagó para que lo hicieras?

De súbito, el intruso golpeó hacia atrás con un codo. Holmes aflojó la presión de su brazo, sorprendido, pero, reaccionando, empujó al sujeto hacia adelante.

El intruso trastabilló, a la vez que retrocedía unos pasos. Holmes adelantó con brusquedad. El otro volvió a retroceder, no menos bruscamente y, de repente, su espalda chocó con gran violencia contra el ventanal.

Se oyó un agudo grito. El cuerpo del individuo atravesó el hueco, con gran estrépito de vidrios rotos, e inició un mortífero viaje, que terminó cuarenta pisos más abajo, a ciento ochenta metros de distancia.

Aenia se removió en el lecho. De pronto, notó algo raro.

—No temas —dijo Holmes—. Me estoy vistiendo. Sigue ahí.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó ella.

Holmes, con parte de las ropas en las manos, salió del dormitorio.

—Alguien quiso hacer cosas raras con Penrod —contestó por encima del hombro.

Aenia se sentó en la cama y se pasó una mano por la frente.

—Parece como si me hubiera emborrachado —dijo con voz espesa.

—¿Ya no te acuerdas de las copas de champaña que tomaste en los… «entreactos» —dijo Holmes irónicamente.

—Es cierto…

Aenia se recuperó y saltó de la cama, sin preocuparse de su desnudez.

—Zerlock…

—Estoy aquí —contestó el detective.

Ella agarró la túnica y se la puso delante del cuerpo. Cuando se

asomó a la puerta, vio las luces encendidas y una ventana a la que le faltaba el cristal.

Penrod estaba asomado por el hueco.

—Ya llega la policía —anunció.

—Pero ¿qué ha pasado? —exclamó ella.

—Muy sencillo. Un individuo, al que no conozco, ha entrado y, sin duda, quería «retocar» los circuitos de mi criado, para provocar un ataque contra mi persona —explicó el célebre detective—. Por fortuna, tengo un oído finísimo y pude apercibirme de su presencia.

Aenia tenía los ojos fuera de las órbitas.

—Y lo has tirado...

—No. En el forcejeo retrocedió violentamente. Estaba demasiado cerca de la ventana. Como comprenderás, su muerte no me interesaba en absoluto; me convenía más interrogarle... Para saber quién le había ordenado manipular en los circuitos de Penrod.

—Es... horrible... Zerlock, dispensa, voy a terminar de vestirme...

—Claro —accedió Holmes con una sonrisa.

—Un policía ha entrado en el hotel —informó Penrod.

Holmes carraspeó.

—Tendremos que prepararnos para recibirles —dijo.

Aenia salió de pronto, ya vestida.

—Ha sido una lástima que nos interrumpieran —sonrió de mala gana.

—Podemos continuar otro día —contestó Holmes—, Pero no te vayas; resultaría contraproducente. A fin de cuentas, no has visto ni has oído nada, hasta que todo hubo pasado. Y yo me ocuparé de responder a las preguntas de los agentes. ¿Entendido?

—Gracias, Zerlock; eres muy amable.

—Sólo trato de corresponder a tus... amabilidades.

Ella suspiró.

—Me has hecho sentirme una mujer totalmente inexperta —contestó.

CAPITULO VII

El aeromóvil, en el que Vivian había programado el rumbo, volaba a unos pocos kilómetros menos que la velocidad del sonido, máxima permitida a cotas subatmosféricas por los reglamentos de tráfico mythronianos. Vivian no había salido todavía de su asombro al conocer el suceso.

—De modo que quisieron manipular los circuitos de Penrod —dijo.

—Es una idea buenísima —contestó Holmes—. Penrod me habría atacado, dándome muerte, y todo el mundo lo habría achacado a una avería.

—Entonces, habrá que vigilar a Penrod constantemente...

Holmes soltó una risita.

—No será necesario, hijita —manifestó—. Penrod tiene una alarma que suena estridentemente, si alguien que no es su amo, intenta meter mano a sus circuitos . Tengo un oído finísimo, todo sea dicho, y me di cuenta de que alguien entraba en la *suite*. La visita de Aenia no fue sino un ardid, para adormecer mi confianza.

Vivian respingó.

— ¡Señor Holmes! ¿Debo deducir que cuando el sujeto entró, usted estaba con esa mujer?

—Claro —contestó el famoso detective—. Vino a seducirme y yo me dejé seducir.

—Nunca me habría imaginado una cosa semejante.

—Mi querida niña, soy un hombre y, en ocasiones, propenso a flaquezas muy agradables.

—Pero es...

—¿Un viejo? Oh, el aspecto de mi cara induce a error. Tengo algunas arrugas, aparento más de mis cincuenta años, pero en otros aspectos soy un hombre joven y lleno de vigor. Por otra parte Aenia no se dio cuenta de que, con la primera copa, tomaba un sedante de efectos muy retardados.

—Es usted infernalmente astuto —se admiró la muchacha.

—De ahí viene mi celebridad —rió Holmes.

—Y Penrod ¿no tiene nada que contarme?

—Mi amo está hablando. Él lo dice todo —contestó el robot.

—Sí, claro... ¿Han identificado al muerto?

Era un tal Luggon Wmir, especialista en robótica. En sus bolsillos se encontraron cinco billetes de mil «garants».

Vivian lanzó un silbido.

—El sueldo anual de viceministro —exclamó.

—Es un asunto que merece la pena gastar un poco de dinero —convino Holmes—. Claro que, como ya he opinado, están mezclados personajes de alto rango, incluyendo el doctor Cobsten.

—También Cobsten —se asombró Vivian.

—Me lo dijo Aenia.

—Pero, suponiendo que sea cierto, ¿por qué acusar al neurólogo?

—Lo más probable es que traten de desviar mis investigaciones, si no pueden impedirlas. Pero merecería la pena estudiar a Cobsten.

—Es un médico reputado...

—Pero un ser humano, y además, ambicioso.

—Eso sí es verdad.

—En tal caso, a nuestro regreso de las Fuentes de Vapor, trataremos de conseguir un hueco en su, seguramente, apretada agenda de visitas, —de pronto Holmes se volvió hacia el robot—. Y tú, Penrod, ¿no tienes nada que decir? —inquirió.

Penrod asintió.

—Estaba pensando, si se me permite expresarlo de esta manera, en la barra de hierro —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Vivian.

—Me parece una incongruencia. Introducir subrepticiamente una barra de hierro en el laboratorio, es absurdo, habiendo allí tantas herramientas, que pueden servir corno armas mortíferas. Sobre todo, habiéndola abandonado después.

—Kymon no pudo llevársela...

—Pero sí Sluzz y, sin embargo, se limitó a arrojarla debajo de una mesa. Si se la hubiera llevado, la incongruencia habría desaparecido... Es como llevar una pistola a un arsenal militar, para asesinar al oficial encargado de la guardia, cuando el que quiere matarlo, es un miembro del personal militar. Tiene armas de sobra al alcance de su mano y no va a traer una pistola de tipo digamos civil,

—Penrod tiene razón —convino Holmes—. Y es preciso que aclaremos también este enigma. Quizá Aenia pueda decirnos algo al respecto.

Holmes sonrió.

—Me gustaría tener bigote para atusarme las guías con aire de suficiencia y afirmar que, en la próxima entrevista, Aenia me dirá todo lo que queremos saber —agregó.

—Eso puede conseguirlo también, sin necesidad de un mostacho —rió la muchacha—. Al parecer, usted es un hombre sumamente... persuasivo.

—No te quepa la menor duda, Vivian, no te quepa la menor duda —contestó enfáticamente el famoso detective.

*

Desde muy lejos, se advertían ya las nubes de vapor que brotaban de los numerosísimos manantiales existentes en la región. A medida que se acercaban, iban captando más detalles de aquella zona de actividad eminentemente plutónica. Vivian había desconectado ya el piloto automático y gobernaba manualmente el aeromóvil, cuya velocidad decrecía gradualmente.

Desde unos mil metros de altura, divisaron el conjunto de edificios que formaban el balneario, situados en el centro de un espeso bosque. Más allá se veía la extensa planicie, de la que brotaban incesantemente colosales chorros de vapor, a altísima presión.

—Muchos geólogos suponen que a miles de metros de profundidad, corren dos ríos gigantescos, uno de lava, inferior, y otro de agua, encima de aquél. El río de lava llega incluso a los pozos tipo Focus, iniciándose en estos parajes, pero el agua llega de un lugar opuesto y termina aquí, convertida parcialmente en vapor y en parte emergiendo muy caliente a la superficie —explicó Vivian—. Es un fenómeno peculiar de Mythron IV y no se conoce nada semejante, en dimensiones, en otros planetas.

—Nosotros tenemos los geiseres, pero son mucho más escasos y de menor volumen —dijo Holmes.

—Aquí hay escapes de vapor realmente asombrosos. Miren ese —exclamó Vivian, a la vez que tendía una mano—. Al menos rebasa los doscientos metros de altura. El vapor debe salir a cientos de atmósferas de presión, sin duda alguna.

Holmes se inclinó un poco para contemplar aquel fantástico chorro de vapor de agua, que subía con espantosa fuerza a las alturas. Había muchos más, algunos casi tan altos, pero aquél sobrepasaba a todos los que se veían en la planicie.

La atmósfera estaba cubierta de vapor en aquellos parajes. Vivian avanzó cosa de dos mil metros más y, de pronto, inició un ceñido viraje para aterrizar.

—¡La zona de monolitos! —exclamó.

En aquel lugar había unas enormes aglomeraciones de rocas de origen basáltico, en parte redondeadas por la erosión durante incontables siglos. Se divisaba un muro de más de quinientos metros de altura, por cuatro o cinco kilómetros de largo y unos doscientos de grueso, aunque había algunas soluciones de continuidad, en forma de brechas o hendiduras, que formaban como aberturas en aquel colosal murallón. Algunos monolitos estaban aislados, si bien próximos a la muralla. Pero, de pronto, Vivian señaló uno situado a más de ochocientos metros-del borde Sur del gigantesco paredón.

—¡El monolito Sur! —anunció.

—Bien, lo mejor será aterrizar —dijo el célebre detective—. Luego

veremos qué hay de esa enorme columna.

* * *

El aparato tomó tierra a unos doscientos metros del colosal monolito, cuya altura, calcularon, rebasaba ampliamente los seiscientos metros. Era increíblemente delgado, en comparación con su altura, y no medía más de treinta metros en su parte más gruesa.

Parecía un gigantesco lápiz que emergiera del suelo, con señales de cristalización prismática en algunos puntos de su superficie. Era un fenómeno geológico realmente digno de admiración.

La base del monolito estaba situada sobre una pequeña eminencia, cubierta de fina hierba y de laderas muy suaves. Al cabo de unos minutos, Vivian se volvió hacia el famoso investigador.

—Señor Holmes, seguramente le gustaría hacer lo mismo que a muchos turistas: grabar su nombre en el monolito —dijo.

—Ciertamente, aunque no estamos aquí por turismo, hija mía.

—De acuerdo, pero no creo que la distracción sea incompatible con el trabajo.

—Claro que no —sonrió Holmes.

Y ya se disponía a dar el primer paso, cuando, de pronto, Penrod lanzó una exclamación.

—¡Aguarden!

Holmes se volvió hacia su criado.

—¿Qué sucede, Penrod?

—He visto algo... ¡Corran! —gritó el robot súbitamente—. ¡Vamos, aprisa!

En el mismo instante, se oyeron varios estallidos, de tonos muy agudos, como chasquidos de un gigantesco látigo. El suelo tembló perceptiblemente.

Vivian echó a correr hacia el aeromóvil. Penrod, muy rápido, la alcanzó y agarró su cintura, levantándola en peso.

—¡Por ahí no! —gritó, a la vez que echaba a correr en sentido opuesto.

Sonaron más chasquidos. De pronto, el monolito se inclinó.

Holmes, Vivian y Penrod corrieron a toda velocidad. Lentamente al principio, más rápidamente después, la gigantesca columna basáltica, inició una caída, que sólo terminó al chocar contra el suelo.

La tierra tembló fragorosamente. El monolito se partió en varios fragmentos. Algunos trozos volaron despedidos a gran distancia, aunque por fortuna para los tres espectadores del suceso, en la dirección de la caída. Ellos se habían alejado en sentido perpendicular y, salvo la trepidación del suelo al recibir aquella masa que pesaba cientos de millones de toneladas, no sufrieron el más mínimo daño.

Pero si no habían recibido ningún daño físico, sí lo habían sufrido en otro sentido. El aeromóvil yacía, totalmente aplastado, bajo la enorme mole de roca basáltica, absolutamente invisible después de la catástrofe.

Al cabo de unos momentos, volvió el silencio. Pasó un minuto antes de que alguien se decidiera a hablar y fue Holmes.

—Penrod, nos has salvado la vida —dijo—. Pero viste algo…

—Sí, había cargas explosivas formando un semicírculo en torno a la base de la columna —contestó el robot—. E, indiscutiblemente, activadas por una señal de radio. Yo vi un brillo metálico y eso me hizo recelar de inmediato. Alguna pieza quedó al descubierto; aunque imagino que cubrieron los explosivos con hierbas, tal vez un soplo de viento destruyó en parte esa tarea y el trozo de metal reflejó los rayos solares, que yo capté de inmediato con mis circuitos visuales.

Holmes palmeó la espalda de su robot.

—Te debemos la vida —dijo—. Pero eso me hace pensar en una emboscada. ¿No opinas tú lo mismo, Vivian?

—Sí, señor. Ahora me doy cuenta de que alguien dejó la nota en la papelera deliberadamente.

—Se están tomando mucho trabajo para impedir mis investigaciones —murmuró el famoso detective.

—Y está corriendo graves peligros por mi culpa…

Holmes hizo un ademán de indiferencia.

—¡Bah!, eso no importa. Estamos acostumbrados a hechos muy parecidos, ¿no es cierto, Penrod?

—Sí, señor —contestó el robot.

—Cada vez que alguien me contrata para resolver un caso muy complicado, no falta nunca un posible perjudicado que trata de impedírmelo por todos los medios. Por fortuna, hasta ahora he salido siempre indemne de las acechanzas que me tendieron mis enemigos y más desde que cuento con la inapreciable ayuda de Penrod. Sin embargo, mi criado no puede ayudarnos ahora en algo muy necesario.

—¿Qué es, señor Holmes? —preguntó Vivian.

—No podemos cabalgar sobre sus hombros, para que nos lleve hasta el hotel del balneario —contestó Holmes de buen humor—. Por tanto, tendremos que ir a pie…

Vivian volvió la cabeza y divisó un aeromóvil que se acercaba rápidamente.

—Más bien acuden a ver qué ha pasado, pero no importa; nos llevarán hasta el balneario —dijo Holmes.

Se acarició el mentón.

—Mañana iremos a visitar al doctor Cobsten —añadió.

—Le conozco —manifestó Vivian—. Creo que podré conseguir que nos conceda unos minutos.

—Puedes hablar con él desde el hotel —sugirió Holmes.
—Así lo haré —respondió la muchacha.

CAPITULO VIII

Sentados en el espacioso *hall* del hotel, mientras aguardaban la llegada del aeromóvil de alquiler que iba a devolverles a Mythronia, Holmes cargó su pipa y la encendió placenteramente. Al cabo de unos momentos, miró a la muchacha y sonrió.

—Cobsten ha accedido a recibirnos mañana —dijo.

—Sí, se ha mostrado muy amable. Está tan ansioso como yo, por encontrar al culpable.

—Acabaremos encontrándolo, no te quepa la menor duda. Por cierto, creo que hay un personaje al que aún no hemos entrevistado, aparte del doctor Cobsten, por supuesto.

—¿A quién se refiere usted? 1—preguntó ella.

—El secretario personal de tu padre.

—Ah, sí, Luro Nessdell. No creo que pueda decirnos gran cosa.

—¿Por qué?

—Estaba de vacaciones cuando se cometió el crimen. Y ya llevaba una semana lejos del laboratorio.

—¿Vacaciones?

—Sí, aparte de que le correspondían, las aprovechó para visitar a su hermana, en Gwodio III.

—Este planeta pertenece también a este sistema.

—Sí, en efecto.

Holmes se repantigó en el butacón.

—Habrá que comprobar si realmente Nessdell efectuó ese viaje —dijo.

—¿Cómo sospecha también de él? —se asombró la muchacha.

—Querida niña, en un caso en el que hay una muerte violenta y, además, se roba un invento de enorme interés, todo el mundo es sospechoso.

—Yo hablé con él y estaba en Gwodio...

—Hablaste con Nessdell el mismo día del crimen?

—No. Lo hice tres días después... Hasta entonces, aturdida, no me di cuenta de que Nessdell ignoraba la noticia...

—¿De veras ignoraba la noticia? ¿Pudo pasarle desapercibido un hecho que causó tanto ruido? Al menos, si hemos de creer en los informes que tengo al respecto.

—Lo siento. Le estoy diciendo lo que hice entonces. Llamé a Nessdell tres días después del asesinato de mi padre y él se había marchado una semana antes. Eso sí lo sé muy bien.

—Porque te lo dijo él.

—¿Cómo podía sospechar entonces de Nessdell? ¿Cómo podía

saber que siete días después de iniciadas sus vacaciones, mi padre iba a ser asesinado?

Holmes hizo un signo de aprobación.

—A ti no se te puede reprochar nada, pero es preciso comprobar si Nessdell realizó efectivamente ese viaje a Gwodio III. Lo haremos apenas hayamos llegado a Mythronia, aunque creo que hay algo más urgente.

—¿Qué es, señor Holmes?

—La barra de hierro. Es una nota discordante en este caso. La dejamos en el laboratorio y quiero volver a examinarla a fondo. Iremos directo a tu casa, si te parece.

—Y hasta podemos hospedarnos allí —sugirió la chica.

—Será un placer, y con las alarmas en funcionamiento, podremos dormir más seguros que en el hotel.

Vivian sonrió.

—Sobre todo, usted —dijo intencionadamente.

El famoso detective abrió los brazos.

—Cuando me ofrecen un bombón apetitoso, no lo rechazo jamás —contestó con jovial acento.

Y, en aquel instante, entró el robot.

—Ah, Penrod —exclamó Holmes—. ¿Algo de nuevo?

—Sí, señor. El aeromóvil que pedirnos por radio ha llegado ya y su piloto nos está aguardando, para emprender el vuelo apenas se lo ordene usted —contestó el criado mecánico.

Holmes se puso en pie.

—Bien, entonces, no le hagamos perder más tiempo. —Se puso las manos en los riñones, miró a Vivian y meneó la cabeza—. Cuatro horas y media de viaje, que empezamos a las seis de la mañana... Ahora son las dos de la tarde y nos aguardan otras cuatro horas y media... Hijita, sospecho que me estoy haciendo viejo.

Vivian se echó a reír.

—Lo que usted nota no son consecuencias precisamente de la edad —contestó alegremente y se colgó del brazo de Holmes y lo empujó hacia la puerta—. Vamos, venerable ancianito; demuestre que sus frases sobre su fortaleza no son baladronadas.

—Si estuvieras en mi pellejo...

El aeromóvil aguardaba en la amplia explanada situada ante el hotel . Su piloto les saludó cortésmente.

—Celebro conocerle, señor Holmes —dijo—. Mi nombre es Jyg Droll y me siento muy complacido de estar a sus órdenes.

—Gracias, muchacho —contestó el famoso detective—. Queremos regresar cuanto antes a Mythronia, eso es todo.

—Será complacido, señor.

Holmes, Vivian y el robot tomaron asiento en el interior del

aeromóvil, un lujoso aparato con capacidad para ocho personas. Holmes fue al último de los asientos y dijo que descabezaría un sueñecillo durante el viaje. Vivian se sentó detrás del piloto, a su derecha. Penrod lo hizo en el lado opuesto.

El aparato levantó el vuelo de inmediato. Pocos minutos más tarde, volaba a cinco mil metros de altura y mil ciento cincuenta kilómetros por hora. Droll permanecía atento a los mandos, mientras sus pasajeros contemplaban silenciosamente el paisaje que se extendía por debajo de ellos.

Transcurrió una hora. Droll volvió la cabeza un par de veces. Vivian parecía adormilada.

Holmes, en el último asiento, tenía los ojos cerrados. Penrod parecía muy interesado en el paisaje.

De pronto, Droll alargó la mano derecha hacia el tablero de mandos y presionó un par de teclas. Luego metió la misma mano en el interior de su blusa y sacó una pequeña pistola, a la vez que empezaba a ponerse en pie.

En el mismo instante, una mano de dedos de acero agarró su muñeca y la retorció seca y cruelmente. Droll lanzó un grito y el arma se escapó de su mano.

Vivian se despertó. Holmes abrió los ojos

—¿Qué sucede, Penrod?

—Quizá nuestro piloto quiera explicarlo, señor —contestó el robot, que seguía manteniendo la presa con idéntica firmeza que al principio. Vivian contemplaba la escena con ojos alarmados. El rostro de Droll chorreaba sudor.

—Vivian, pregúntale por qué quiso sacar la pistola —indicó el robot.

—Conteste, señor Droll —exclamó la chica.

Los labios del piloto permanecían contraídos. Súbitamente, reaccionando con todas sus fuerzas, asestó a Penrod un tremendo golpe en el pecho y lo hizo caer de nuevo sobre su asiento.

Inmediatamente, dio un salto y llegó a la portezuela, que abrió con toda rapidez. Acto seguido y sin perder más tiempo, se lanzó al espacio. —¡Está loco! —gritó Vivian—. ¡No lleva paracaídas!

—Sí lo lleva— corrigió Penrod—. Es del tipo mínimo y apenas si se notan debajo de la ropa corriente… ¡Miren, ahora se abre!

A través de las ventanillas pudieron ver la semiesfera de vivos colores que se había desplegado a unos cientos de metros más abajo. Droll se balanceó con suavidad en el aire.

De repente, los atalajes cedieron. El paracaídas ondeó como una bandera. Droll cayó a plomo hacia el suelo, a más de cuatro kilómetros de distancia.

—¡Dios mío! ¡Se va a estrellar! —gritó Vivian.

El aeromóvil dio de pronto una fuerte sacudida.

—Y nosotros también, si no me doy prisa —exclamó Penrod.

Vivian se sintió aterrada. La proa del aparato se había inclinado en ángulo de 45 grados hacia abajo y ahora se dirigía hacia el suelo a una velocidad muy próxima a la del sonido.

*

La aguja indicadora de la velocidad se movió gradualmente en sentido positivo. Penrod, reaccionando con rapidez, saltó al asiento del piloto y desconectó el piloto automático.

Luego empuñó los mandos y trató de nivelar el aparato, pero los controles no respondieron.

—El timón de profundidad está averiado —anunció.

Vivian se cogió la cara con ambas manos.

—¡Vamos a estrellarnos! —gimió.

—Recemos —dijo el famoso investigador tranquilamente.

—No hay duda —manifestó Penrod—. Droll lo tenía todo preparado desde el primer momento. Naturalmente contaba con escapar con paracaídas... pero, sin duda, ignoraba las verdaderas intenciones del que lo contrató.

—Dejemos ahora eso —exclamó Vivian—. ¿Hay solución o no?

—Penrod es un «as» de la mecánica. Si él no arregla la avería...

—Desde el interior del aparato, no señor —contestó el robot.

El altímetro marcaba ya tres mil quinientos metros y el movimiento de la aguja podía apreciarse con toda claridad.

De pronto, Penrod alzó una mano.

—Quizá haya una solución —dijo—. Siéntense y sujétense bien con los cinturones. Droll lo preparó todo minuciosamente, pero olvidó algo muy importante. Sujétense bien, por favor.

Holmes y la chica obedecieron. Penrod, en el asiento del piloto, se ajustó los arneses de seguridad y luego bajó una palanca, con empuñadura esférica de color rojo.

En el suelo de la cabina se oyó una fuerte explosión. Vivian lanzó un chillido al sentirse violentamente lanzada hacia arriba. Su asiento osciló en todos los sentidos con indescriptible violencia. El cielo y la tierra se confundieron ante sus ojos con una serie de enloquecedoras imágenes azules y ocres.

De pronto, percibió un fuerte tirón. La cabeza dejó de moverse casi por completo. Vivian empezó a sentirse mejor y advirtió que el aparato se balanceaba muy suavemente, con ligeros movimientos pendulares.

—Penrod, ¿qué milagro has obrado? —exclamó admirada.

—No ha habido milagro, sino descuido de Droll —contestó el

robot.

De repente, Vivian divisó a lo lejos un tremendo fogonazo, seguido más tarde del fragor de una explosión, que llegó a sus tímpanos casi un minuto más tarde.

—¡El aeromóvil seguía volando! —comprendió.

—En efecto —corroboró Penrod—, Droll puso el piloto automático, en ángulo de 45 grados. Los controles de profundidad estaban ya preparados, para que fallasen el momento en que alguien intentase corregir la trayectoria de descenso. Pero olvidó desconectar el mando de separación de la cabina, que puede desprenderse del aparato, con todos sus ocupantes, en caso de necesidad. Así, pues, descendemos a tierra, sostenidos por dos gigantescos paracaídas, que se han desplegado automáticamente a los pocos segundos de la separación.

—Me pregunto por qué no hizo nada en este sentido —dijo la muchacha, sumamente intrigada.

—Es posible que especulara acerca de unos pasajeros que no sabrían reaccionar en una situación crítica —supuso Penrod. Aunque también cabe la posibilidad de que no se atreviera a efectuar esa manipulación, temeroso de que el desprendimiento de la cabina se produjera antes de tiempo.

—Y tú supiste que iba a atacarnos... ¿Cómo pudiste actuar tan oportunamente?

—Droll volvió la cabeza un par de veces. Vi sudor en su cara. Estaba nervioso, era evidente, y ello no parecía normal en un piloto profesional. Por eso me incorporé con tanta rapidez, aunque no pude evitar el golpe que me dejó inútil durante unos segundos.

—Y como decía mi ilustre antecesor en la profesión, «Elemental, querido Watson» —exclamó Holmes alegremente.

Vivian lanzó un suspiro.

—Está bien, nos hemos salvado, pero ahora vamos a tener que enfrentarnos con un serio problema.

—¿Cuál, si se puede saber? —preguntó el célebre detective.

Ella miró a través de la ventanilla más cercana. El suelo estaba a menos de doscientos metros de distancia.

—Vamos a aterrizar en una zona completamente desierta —explicó—. La población más cercana está a ochocientos kilómetros de distancia...

—Pero, sin duda, ignoras que hemos rebasado ampliamente la barrera del sonido durante el descenso en picado, que se ha producido el «bang» sónico indefectible en tales casos, que ha sido registrado en alguna parte y que una patrulla aérea acudirá muy pronto a investigar, ya que las leyes mythronianas Son muy severas al respecto con los infractores de los límites de velocidad. Verán primero el humo

del aparato destruido, localizarán después los paracaídas de vivos colores que nos han salvado la vida… y luego les pediremos que vayan a buscar el cadáver del piloto traidor —dijo Holmes.

Vivian hizo gesto un gesto con la cabeza.

—Su fama no es inmerecida contestó.

La cabina tocó tierra suavemente. Holmes se quitó los atalajes, cruzó las piernas y sacó su pipa.

—Ahora sólo falta esperar a quienes van a venir a rescatarnos —dijo plácidamente.

*

Era bien entrada la noche cuando, al fin, llegaban a la residencia de Vivian. Apenas cruzó el umbral, Vivian se quitó los zapatos y los arrojó sobre una butaca.

—Estoy molida —confesó—. Voy a tomar un baño ahora mismo y luego me iré a la cama… Penrod, te enseñará la cocina. Hay víveres en el frigorífico, si quieres prepararle cena a tu amo.

—Está bien, señorita.

—Yo me contentaré con una taza de café. Señor Holmes, usted puede comer a su gusto.

—Antes de tomar un solo bocado quiero examinar la barra homicida —dijo Holmes—. No quiero dejar pasar un minuto más sin hacer algo que estimo de sumo interés.

—Es verdad, ya lo había olvidado —exclamó Vivian.

—Si estás cansada, ve a bañarte…

—Puedo retrasarlo unos minutos. Sígame, señor Holmes.

—Le prepararé la cena, señor —dijo Penrod.

—Muy bien.

Holmes y la muchacha cruzaron la vivienda y entraron en el laboratorio. Vivian se acercó a la mesa en donde había dejado la barra de hierro. Holmes sonrió:

—¿Puedes proporcionarme una lupa? Debería llevarla, pero no suelo hacerlo…

—Sí, ahora mismo.

Holmes cogió la barra y la estudió durante unos segundos, contemplado en silencio por la muchacha. Al cabo de un rato, Holmes dejó la lupa a un lado y agarró la barra, sujetándola por ambos extremos.

De pronto, hizo fuerza con las manos, cada una en sentido contrario. Vivian oyó un chasquido y, atónita, vio que un trozo de la barra empezaba a girar hacia un lado.

—No es enteramente maciza —sonrió el célebre investigador.

El trozo menor de la barra medía unos ocho centímetros de

longitud y estaba completamente hueco. Holmes lo inclinó sobre la mesa y algo cayó de su interior.

— ¡Dios mío! ¿Qué es eso? —se asombró Vivian.

—Yo diría que un microfilme —contestó Holmes, a la vez que levantaba con dos dedos el minúsculo rollito de película que había estado hasta entonces en el interior del trozo hueco de la barra.

—Debe contener algo muy interesante, ¿no le parece?

—Sí, seguramente, pero necesitaríamos una ampliadora para examinar su contenido —Holmes hizo saltar el microfilme en la palma de la mano—. De todos modos, no nos corre gran prisa. Ya lo haremos mañana, con toda tranquilidad.

—Hay algo que no entiendo. ¿Qué le hizo sospechar que podía haber algo en la barra? —preguntó Vivian.

—En el primer momento, pensé en la incongruencia de un trozo de hierro como arma mortífera, en este laboratorio. Pero luego pensé en que quizá sí tenía un papel definido en el caso

—¿Cuál es ese papel?

—No fue el arma homicida. La preparó tu padre para guardar el microfilm. Estaba debajo de la mesa, recuerda...

—Pudo lanzarla el asesino —objetó ella.

—Estaba completamente limpia. Tenían que haber quedado adheridos cabellos, fragmentos de piel y de hueso... y, repito, no había ninguna mancha en su superficie.

Vivian se estremeció.

—Entonces emplearon otra cosa —dijo.

—El arma homicida es lo de menos. Esto «es» lo verdaderamente importante —afirmó Holmes, levantando la mano con la que sostenía el microfilme.

CAPITULO IX

—La cena está servida, señor —anunció Penrod.

—Me llevaré una taza de café al baño —dijo Vivian—. Es lo único que me pasará en estos momentos.

—A lo mejor te despiertas a media noche, muerta de hambre -— sonrió Holmes.

—Es posible —contestó ella. Cargó con la taza y el plato y se encaminó hacia la puerta—. Buenas noches a los dos.

—Buenas noches.

Holmes se volvió hacia su criado.

—Luego te puedes entretener en ver qué hay en el microfilme — dijo, a la vez que se lo entregaba.

—Sí, señor.

Eran las dos de la madrugada cuando Vivian, tal como lo había predicho Holmes, se despertó y sintió apetito. Saltó de la cama, se puso una bata y las zapatillas, y fue a la cocina, en donde se preparó un par de bocadillos, y un gran vaso de leche. Cuando se disponía a empezar a comer, vio luz en el laboratorio.

Alarmada corrió hacia allí y, al abrir la puerta, divisó al robot, sentado ante la mesa y con una lupa en la mano.

—¡Penrod!

—Si quieres, puedes traerte aquí la bandeja con la comida — contestó el aludido.

—¿Cómo sabes que...?

—Mi amo es muy listo, Vivian.

Ella contuvo una sonrisa.

—Está bien —dijo—. Pero tienes que decirme lo que hayas podido averiguar.

—Sí, por supuesto.

Vivian fue a la cocina y regresó a poco, sentándose frente al robot. Pasaron unos minutos, Penrod dejó la lupa y el microfilme sobre la mesa, juntó las manos y se concentró en sí mismo.

Ella respetó su silencio. Al cabo de un buen rato, Penrod volvió a mirarla.

—Creo que ya lo tengo —dijo.

—¿Sí?

—He debido bucear en mis circuitos de memoria, para recordar algunos datos científicos que me resultaban incomprensibles. Por supuesto, el microfilme contiene todos los datos de las investigaciones de su padre, que éste copió con una microfilmadora. Y, además...

—Además, ¿qué? —preguntó ella ansiosamente.

—Un perfeccionamiento de la primitiva H.T.V. Si llamamos al primer aparato construido Mark I, como suele ser la costumbre, éste será el Mark II.

—Mucho mejor, lógicamente.

—En efecto. Tiene menos complicaciones técnicas, es más sencillo de manejo y, sobre todo, no se necesita el influjo de las ondas cerebrales, para ver cualquier cosa que se desee, esté donde esté.

—A pesar de todo, el Mark I no es una fruslería, precisamente.

—Oh, claro que no; es un avance fenomenal en esta rama de la ciencia, pero si lo comparamos con el Mark II… es como comparar una locomotora de vapor con un avión a reacción.

—La diferencia es muy notable —observó ella.

—Lo es.

Súbitamente, Penrod se puso rígido. Un segundo después alargó la mano y apagó la única lámpara encendida en aquellos momentos.

La oscuridad sobrevino instantáneamente.

—Silencio —aconsejó el robot, en un tono de voz apenas audible.

Conteniendo el aliento, Vivian admiró en su fuero interno la sensibilidad de los circuitos auditivos de Penrod. Ella no había oído el menor ruido y, sin embargo, estaba segura de que el robot no actuaba así por puro capricho. Sus manos se aferraron al borde de la mesa y esperó con los nervios a flor de piel, rogando para que la situación concluyera lo antes posible.

Pasaron unos segundos. De pronto, se encendieron todas las luces del laboratorio.

Un hombre apareció en el umbral. Vivian lanzó un grito de sorpresa al reconocerle.

—¡Luro Nessdell!

—Vivian —dijo el sujeto, no menos sorprendido que la muchacha.

Entonces, ella se dio cuenta de que Penrod ya no estaba al otro lado de la mesa. El robot se hallaba detrás del intruso, quien no parecía haber advertido su presencia.

Vivian se puso en pie.

—Luro me gustaría saber qué haces aquí —dijo.

—Es que… Bueno, olvidé algo…

—¿Y te acuerdas al cabo de cuatro meses largos?

—Pues…sí, ya ves. Pero si te molesta, volveré otro día…

—No —contestó Vivian—. Quédate. De paso podré saber si es cierto que fuiste a Gwodio III de vacaciones.

—¿Qué te hace dudar de mi viaje? —exclamó el ex secretario personal del profesor D’Brunt.

—Tengo motivos para creer que tu viaje existió solamente en tu imaginación.

—Vivian, por favor…

—La noticia del asesinato de mi padre se conoció, y divulgó, en Gwodio III apenas seis horas después de que se descubriera el cadáver. Yo te llamé tres días más tarde y tú dijiste que no sabías nada...

—¿Lo ves —sonrió Nessdell—. Estaba allí.

—Pero fuiste después de que mi padre fuese asesinado. Podremos comprobarlo en la agencia de viajes, Luro.

—Bueno, ¿y qué? Es cierto, me quedé en Mythron IV. Tenía ... un compromiso. Pasé una semana con ella, en las Fuentes de Vapor, y luego embarqué para Gwodio III, el mismo día en que asesinaron a tu padre, lo admito.

Ella le miró recelosamente.

—No acabo de creerte, Luro —dijo.

—Antes has mencionado una agencia de viajes. Puedes llamar, si lo deseas...

—Está bien, pero queda en pie una cosa: ¿Por qué has venido al laboratorio a las tres de la madrugada? ¿No podías encontrar otra hora más apropiada y menos sospechosa?

—Bueno, es que... estaba con ella y al despedirme, pensé en...

De pronto, Vivian se sintió acometida por una inspiración. Agarró la barra de hierro y la alzó para que resultase bien visible.

—Acaso buscabas esto —dijo incisivamente.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Nessdell sacó una pistola.

—Dame la barra, Vivian —ordenó—. No me obligues a quitársela a tu cadáver.

Ella miró despectivamente el arma que la encañonaba a diez pasos de distancia.

—Repugnante traidor —le apostrofó—. ¿Para quién trabajas? ¿Quién te compró, especie de canalla?

—Eso no importa ahora. Dame la barra o haré fuego.

Súbitamente, dos manos con dedos de acero asieron a Nessdell por los brazos. El intruso, sorprendido, no tuvo tiempo de oponer resistencia.

Vivian sonrió.

—Ahora sí contestarás a mi pregunta —dijo complacidamente—. Me darás la respuesta que espero o el hombre que está detrás de ti te hará pedazos. ¡Contéstame, Luro Nessdell!

Hubo de nuevo otro espacio de silencio. De repente, se oyó un ligero chasquido.

Nessdell se puso rígido, Vivian, pasmada de asombro, vio que salían chorritos de humo por sus fosas nasales, los oídos y la boca.

Sonaron más estallidos. Los chorros de humo se hicieron más densos. Luego, Nessdell se desplomó al suelo, contra el que chocó con ruido inconfundible.

—*¡Era un robot!* —exclamó Vivian, aterrada.

*

—Efectivamente, era un robot —confirmó Penrod.

—Tú lo supiste desde el primer momento —adivinó ella.

—Apenas toqué sus brazos.

—Pudiste haber evitado su destrucción…

—De haber tenido tiempo, indudablemente. Pero alguien escuchaba cuanto se hablaba en este laboratorio y, cuando juzgó que la cosa se le ponía fea, envió una señal de radio y destruyó el circuito primario de Nessdell.

—Y nunca supusimos que fuese un robot…

—Ahora nos construyen perfectos —sonrió Penrod.

—Tanto tiempo junto a mi padre, y era un espía pagado… ¿Por quién, Penrod?

—Lo siento, ya no podremos averiguarlo. El mecanismo de destrucción que Nessdell llevaba en su interior, ha debido de destruir todos los circuitos de memoria. Si hubiese dispuesto de tiempo, repito, lo habría desmontado y, examinando esos circuitos, habría obtenido informes muy interesantes. Pero así, en estas condiciones, Nessdell es sólo bueno ya para la chatarra.

—¿Es posible destruir un robot por medio de una señal a distancia? —se asombró la muchacha.

—¿No volaron el monolito Sur? Basta introducir en el cuerpo de un robot, un pequeño explosivo… en nuestros «organismos» actuales hay sobra de espacio… y podemos emitir y recibir perfectamente toda suerte de mensajes. El que escuchaba lo que sucedía aquí, y seguramente, también veía imágenes, transmitidas por los circuitos visuales de Nessdell, se vio en peligro y envió la señal destructora, eso es todo.

De pronto, Holmes apareció en la puerta, ajustándose el cinturón de la bata.

—¿Qué ha sucedido aquí? —exclamó—. Oh, un cadáver…

—«Era» solamente un robot, señor —corrigió Penrod.

—Tuvimos visita —añadió Vivian.

La muchacha explicó todo lo sucedido. Holmes asintió varias veces con la cabeza.

—No cabe duda —dijo, cuando ella hubo acabado—; vino aquí en busca de algo importante. El microfilme, por ejemplo.

—Sí, seguro, aunque, ¿cómo conocía su existencia?

—¿No era el secretario de tu padre?

—Al parecer, desconocía todo lo referente al microfilme. Pero su trabajo consistía más bien en administrar los fondos y ocuparse de la

compra de instrumentos y pertrechos, además de recibir a los visitantes y aceptar o no entrevistas con mi padre. En el aspecto científico, no tenía la menor intervención.

—En este asunto caben dos posibilidades: o bien conocía la existencia del microfilme y ocultó el dato, o bien omitió mencionarlo hasta estos momentos. Pero, de todas formas, lo más importante, esto es, el nombre de la persona que lo envió aquí, permanece en secreto.

—Penrod ha averiguado al fin el contenido del microfilme —dijo la chica.

—¿Ah, sí? —Holmes se volvió hacia su criado—. ¿Penrod?

El robot explicó la importancia de su descubrimiento. Holmes volvió a mover la cabeza.

—No cabe duda, es un descubrimiento sensacional. Y alguien se dio cuenta, aunque demasiado tarde. No obstante, y a pesar de que resulte imposible obtener el menor dato de ese montón de chatarra, acabaremos por descubrir al asesino.

Vivian miró ansiosamente al célebre detective.

—¿Ha averiguado algo importante? —preguntó.

Holmes sonrió sibilinamente.

—La presencia del robot puede resultar un paso de gran valor en la investigación —contestó—. Vivian, no te olvides; tienes que conseguir una entrevista con el doctor Cobsten.

—Sí, señor.

Holmes se dio unos golpecitos en la boca con la mano.

—Creo que voy a seguir durmiendo —dijo—. Te aconsejo hagas lo mismo, muchacha. Procura descansar; en todo caso, Penrod se ocupará de la vigilancia.

—Fui una tonta —se lamentó ella—. No me acordé de conectar las alarmas…

—Alguien está muy alarmado a causa de mis investigaciones —aseguró, con una risita, el famoso detective.

CAPITULO X

Acompañado de Vivian, Holmes llamó a la puerta de la lujosa mansión, de diseño singularmente audaz, y aguardó unos momentos. La puerta se abrió al fin y una hermosa joven apareció ante los ojos de los visitantes.

Holmes hizo un gesto de sorpresa.

—Usted y yo nos conocemos —dijo.

—¿Sí? —sonrió ella.

—Te llamas Aenia...

La joven se echó a reír.

—A todo el mundo le sucede lo mismo. Aenia es mi hermana y ambas llevamos una vida totalmente distinta. La suya es algo más aventurera; la mía es más apacible, aquí, como recepcionista del doctor Cobsten. Mi nombre es Styssia, señor...

—Holmes, Zerlock Holmes —se presentó el célebre detective—. Ella es Vivian D'Brunt. Estamos citados con el doctor Cobsten para esta hora.

—Oh, sí, cierto. Pasen, por favor.

Styssia les precedió a través del fastuoso recibidor. Holmes meneó la cabeza.

—He conocido a muchos hermanos gemelos y, en la mayoría de ellos, siempre he notado la diferencia. Si las pusieran juntas, a usted y a su hermana Aenia, juro que no sabría decir cuál es la una y cuál es la otra.

Styssia volvió a reír.

—Lo dice mucha gente, en efecto, señor Holmes —abrió la puerta del fondo—. Pasen, por favor. Doctor Cobsten...

Al fondo del enorme despacho, un hombre se puso en pie y abandonó la mesa tras la cual escribía. La mesa era muy sencilla: un simple tablero de vidrio negro, de un metro de ancho por tres de largo, suspendido en el aire. Lo mismo sucedía con el sillón en que había estado sentado hasta entonces: el mueble carecía de patas.

Cobsten avanzó hacia los recién llegados, con la mano tendida.

—Nunca me imaginé que un día pudiera llegar a conocer al más famoso detective privado de la Galaxia —dijo, con la mejor de sus sonrisas—. Vivian, querida, celebro verte de nuevo.

—Gracias, doctor —contestó la muchacha.

—Pero siéntense, por favor... —Cobsten movió una mano y dos cómodos y mullidos butacones se despegaron de la pared, como por arte de magia, y avanzaron hacia los visitantes—. Les serviré una copa —añadió el neurólogo.

—No se moleste, muchas gracias —dijo Holmes—. En realidad, vamos a ser muy breves.

—Estoy a su disposición, aunque harto me imagino los motivos de su visita, señor Holmes. ¿En qué puedo servirles?

Holmes, ya sentado, cruzó las piernas y juntó las yemas de sus dedos.

—Verá, doctor... Tengo entendido que usted era colaborador del infortunadamente difunto profesor D'Brunt.

—Por supuesto, aunque no de una forma plena. Yo tengo mi profesión y me debo a ella. Pero sí, el pobre D'Brunt y yo teníamos unas relaciones bastante estrechas, aunque, repito, no absolutas, como hubiera sucedido, por ejemplo, si yo hubiese trabajado en su laboratorio.

—Comprendo. ¿Le importaría explicarme en qué consistían tales relaciones?

—Aparte de participar económicamente... Perdón, me explicaré mejor —sonrió el médico—. Facilité al profesor, y en diferentes ocasiones, algunas cantidades de dinero, con las cuales poder atender a los gastos que le ocasionaban sus investigaciones. Además, y como especialista en el cerebro humano, atendía sus consultas de tipo científico. No olvidemos que el descubrimiento de la H.T.V. tenía como base la actividad cerebral humana.

—Sí, es cierto. Se trataba de multiplicar el potencial del cerebro, para permitir la transmisión de imágenes y sonidos, desde cualquier lugar. Y, dígame, doctor, ¿es muy grande la suma invertida en las investigaciones del profesor D'Brunt?

—Alrededor de dos millones de «garants» —contestó Cobsten sin pestañear.

—¡Caramba, una cifra nada desdeñable! —exclamó el famoso investigador—, Pero, me imagino, usted obtendría, o esperaba Obtener, algún beneficio de esa inversión.

—Había un contrato, firmado por los dos. Yo recibiría el veinticinco por ciento de los beneficios de la patente —respondió el neurólogo.

—Y ¿da por perdida esa suma?

Cobsten sonrió.

—Son los riesgos del inversionista —dijo—. Pero estoy seguro de que usted encontrará las notas y apuntes robados, así como el prototipo de la H.T.V. y entonces, con el permiso de Vivian, su heredera, pondremos en funcionamiento una fábrica de dichos aparatos.

—Y se resarcirá de la pérdida.

—Eso espero.

Holmes se puso en pie.

—Bien, doctor, no queremos seguir robándole más minutos de su precioso tiempo —exclamó—. Sus respuestas han sido sumamente instructivas.

—Estoy por entero a su disposición, señor Holmes —dijo Cobsten —. Vivian, si me necesitas para algo, cuenta conmigo incondicionalmente.

—Gracias, doctor —respondió la muchacha.

Holmes y Vivian abandonaron el despacho. Styssia se puso en pie al verles.

—He tenido mucho gusto en conocerles —manifestó.

—Para mí ha sido un placer, sobre todo visual —dijo Holmes jovialmente—. Aunque desconcertante, debo añadir.

—¿Sí? —sonrió Styssia.,

—Como dos gotas de agua, no hay otra forma de comparar el parecido entre usted y Aenia,

—Muy amable, señor Holmes.

—Encantado, señorita.

Holmes y Vivian abandonaron la casa. En el aeromóvil, que pilotaba la muchacha, Holmes se reclinó en el asiento y juntó las yemas de los dedos, en un gesto característico.

—De modo que existía un contrato firmado, que obligaba tanto a tu padre como al doctor Cobsten —murmuró.

—Así parece —respondió ella.

—Pero tú no has visto ese contrato.

—No, señor.

—¿Llevaba tu padre algún libro de cuentas?

—Nessdell se ocupaba de ello.

—Es verdad, lo había olvidado. Sin embargo, ese libro debería estar en tu casa.

—Creo que sí...

—Búscalo, cuando lleguemos, y procura encontrar también todo lo referido a las cuentas del banco, sin olvidar, por supuesto, el contrato.

—Será lo primero que haga —aseguró Vivian.

Cuando llegaron a la casa, encontraron a Penrod sirviendo una copa a un visitante.

*

—Ah, Vivian, querida —dijo Guittoff, a la vez que se levantaba—, cuánto celebro verte. Y al señor Holmes, también, por supuesto —añadió, con gestos llenos de afectación.

—Siento no haber estado aquí para recibirle, aunque ya veo que Penrod se ha ocupado de usted —contestó la muchacha—. ¿Sucede algo?

—Bien, en realidad, estoy en tu casa por dos motivos. El primero de ellos es que me gustaría que asistieras a la fiesta de cumpleaños que doy pasado mañana, en mi residencia de los Campos de Oro. Por supuesto, la invitación se hace extensiva también al señor Holmes.

El famoso investigador hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Muy honrado, señor Guittoff —contestó.

—Iremos —aseguró Vivian—. ¿Cuál es el segundo motivo?

—Estoy citado aquí con Sirk Fluggin, el jefe de policía de Mythronia. Tiene mucho interés en conocer al señor Holmes y yo, basándome en la vieja amistad que tuve con tu difunto padre, me permití citarlo en tu casa.

—No hay inconveniente, supongo —dijo ella, volviéndose hacia Holmes.

—Ninguno, en efecto. Pero ya que está aquí, señor Guittoff, me gustaría hacerle una pregunta —dijo el célebre detective.

—Me sentiré muy complacido de poder contestarle, amigo mío.

—Gracias. Usted dijo que era el segundo vicepresidente del primer banco...

—En efecto, señor Holmes.

—Y un gran amigo del señor D'Brunt.

—Sin lugar a dudas, el mejor.

—Perfectamente. En tal caso, estaría enterado de la situación de sus investigaciones.

—No demasiado. Confieso que la mecánica, por llamarlo en un sentido amplio, no es mi fuerte.

—Su fuerte son los números —sonrió Holmes.

—En efecto —contestó Guittoff.

—Muy bien, pero el profesor necesitaba dinero para sus investigaciones. ¿Le hizo usted algún préstamo, tanto particularmente como en su calidad de alto cargo del banco?

—Sí, le presté dinero... digamos mejor que financié parcialmente sus trabajos. Pero fue una acción completamente privada, sin que el banco interviniera en ella para nada, salvo para las operaciones de rutina: pago de cheques, transferencias, abono de facturas... Repito que el préstamo fue particular.

—¿Fue muy elevado?

—Un millón.

—¿Puso alguna condición al préstamo?

—Ninguna —contestó Guittoff, casi ofendido—. Fue el préstamo hecho a un amigo...

—Pero el profesor trabajaba en algo muy importante, que podía rendir grandes beneficios más adelante. ¿No le firmó algún documento, comprometiéndose a que usted recibiera en el futuro parte de esos beneficios?

—Insisto en que fue un préstamo completamente desinteresado. Yo confiaba plenamente en mi buen amigo, el padre de Vivian. A un amigo se le ayuda, sin pedirle nada a cambio.

—Muchas gracias, han sido unas respuestas sumamente esclarecedoras —sonrió Holmes.

Y, en aquel momento, llamaron a la puerta.

—Yo abriré —dijo Penrod.

*

Sirk Fluggin, jefe de policía, era un individuo bajo, fornido, de cejas como cepillos y mirada penetrante, que parecía atravesar los cuerpos, como si fuesen rayos X. Estrechó la mano de Holmes, manifestó su satisfacción por conocerle, dio el pésame a Vivian y luego se ofreció al famoso detective para ayudarle en cuanto necesitase.

Holmes hizo una cortés inclinación.

—Le agradezco mucho el ofrecimiento, jefe Fluggin —dijo—. Pero, en realidad, ya me está ayudando.

Las pobladas cejas del policía se alzaron.

—¿Cómo? Es la primera vez que nos vemos.

Holmes sonrió.

—Usted tiene noticia de mi presencia en Mythronia. Yo estoy realizando investigaciones por cuenta de la señorita D'Brunt. Podría haberlo impedido perfectamente, dado su cargo, pero no lo ha hecho así y me ha dejado las manos libres. Esa ha sido su ayuda.

Fluggin se echó a reír.

—No quise interferir el trabajo de tan renombrado investigador —contestó—. Pero, de todos modos, yo sé algo que usted probablemente ignora.

—Lo admito —respondió Holmes—. Mis limitaciones son evidentes, en tanto que usted dispone de un número casi ilimitado de agentes.

—Es cierto. Lo que he averiguado se refiere a la muerte de Tryna y su *partenaire.* También puede decirle algo sobre la muerte de Droll, su piloto, y la voladura del Monolito Sur, en las fuentes de Vapor.

—Muy interesante, jefe. Continúe, por favor.

—En primer lugar, hablaré de la equilibrista y su *partenaire.* El autor de la rotura del cable por medio de un explosivo, fue Droll.

—Oh, nuestro piloto.

—Y el fue también quien colocó las cargas explosivas en el Monolito Sur.

Holmes se volvió hacia la muchacha.

—Entonces el papel que encontraste en casa de Sluzz era una

trampa.

Vivian asintió.

—Estamos tratando de establecer las conexiones de Droll con la persona que ordenó asesinar al profesor y robarle también sus apuntes y notas sobre sus trabajos. Esa persona, no cabe duda, fue la que envió a Droll a recogerles, después de que se librasen de morir aplastados por el monolito de basalto.

—Y la que quitó de en medio al piloto, manipulando en los arneses de su paracaídas —dijo Holmes.

—Exactamente. Pero, hasta ahora, desconocemos su identidad. Ha sabido cubrirse muy bien y creo que nos costará mucho trabajo desenmascararle. Desearía que usted lo consiguiera, señor Holmes —dijo Fluggin.

—Es usted muy amable, jefe —sonrió el afamado detective—. Pero los datos que me ha facilitado son de suma importancia, piezas de un rompecabezas que, finalmente, acabaré por componer.

—Nada deseo más en este mundo —declaró Fluggin ardientemente.

Guittoff sonrió.

—Como ves, Vivian, hice bien al traer aquí a mi buen amigo Sirk —intervino.

—Se lo agradezco —contestó la muchacha.

—Bien, creo que ya no tenemos nada más que hacer. No te olvides, Vivian; te aguardo pasado mañana, en mi fiesta de cumpleaños. A partir de las cinco de la tarde. Señor Holmes, cuento con su presencia y me sentiré muy honrado si pasado mañana viene a felicitarme.

—Iré, no faltaría más —prometió Holmes.

Guittoff y Fluggin se marcharon a poco. Holmes hizo un ademán.

—Vivian, no te olvides de los libros de cuentas y del contrato.

—Empezaré ahora mismo. —contestó ella.

—Y yo haré la cena —dijo el robot.

—Penrod, ¿has grabado bien en tus circuitos todo lo que se ha hablado aquí? —preguntó Holmes.

—Por supuesto, señor.

—Eso es más que suficiente. Anda a preparar la cena.

—Al momento señor.

Varias horas más tarde, Vivian hizo un descubrimiento muy desagradable.

—En toda la casa no hay el menor rastro de libros de cuentas ni tampoco aparece el contrato —declaró.

CAPITULO XI

—Sin duda alguna, se llevaron los libros y el contrato la misma noche del asesinato, junto con el aparato y las anotaciones —dijo Penrod al día siguiente, mientras el aeromóvil les conducía al primer Banco Nacional de Mythronia.

Penrod acompañaba a la muchacha por indicación de Holmes, quien había dicho se ocuparía de otra cosa, aunque sin especificar más detalles. Vivian oyó aquellas palabras y asintió con leve gesto de cabeza.

—-Es cierto aunque tengo que formular una objeción —contestó.

—¿Cuál, por favor?

—Los libros y el contrato tenían que estar en el despacho privado, que es donde trabajaba Nessdell. Y si los hubieran robado aquella misma noche, yo habría sorprendido a los ladrones, pero no sucedió así, porque no pasaron del laboratorio.

—Entonces, fue Nessdell el que se llevó los libros y el contrato.

—Ya no cabe la menor duda. Y pudo hacerlo en cualquier momento; yo no me ocupaba en absoluto de cuestiones financieras.

—¿Puedo saber qué hacías? —inquirió Penrod.

—Estudiar, claro. Pronto conseguiré mi diploma de Ciencias Psíquicas.

—Ah, psiquiatría...

—Y parapsicología.

—Te gusta más que la física.

—No puedo remediarlo —sonrió ella-—. Ah, ya tenemos el banco a la vista.

Vivian maniobró hábilmente y el aeromóvil se posó en la explanada situada frente a un colosal edificio, de más de cincuenta pisos, que parecía edificado con bloques de oro macizo. Al observarlo, ella dijo:

—Sólo son planchas de recubrimiento exterior. El oro no resistiría el peso de la estructura y se deformaría por compresión.

—Aun así, hay una cantidad enorme de oro —se «asombró» el robot.

—El banco tiene el monopolio de la explotación de ese metal y, a decir verdad abunda en Mythron IV más que el hierro. El metal realmente valioso en el planeta es el platino.

—Como en la Tierra.

—Aquí, mucho más todavía debido a su gran escasez.

Vivian saltó a tierra y Penrod la siguió. Minutos más tarde, se dirigía a una ventanilla, en la que solicitó información sobre las

cuentas de su padre.

—Por favor, pasen a la cabina número doce —indicó el empleado —. Conociendo los números de las cuentas, usted misma puede informarse de cuanto desee sobre el particular.

—¿Incluyendo los pagos hechos?

—En efecto, señorita; también podrá conocer el nombre de los destinatarios de esos pagos, como asimismo el de cualquier persona que haya hecho un ingreso en favor de la cuenta o cuentas de su padre.

El empleado les entregó una tarjeta metalizada.

—Introdúzcanla en la ranura señalada con el rótulo de «INFORMACION»; recibirán la respuesta en la pantalla. Para mayores detalles, pulsen la tecla de DATOS SOBRE INGRESOS o PAGOS, según sus deseos. No se olviden de devolver la tarjeta al salir.

—Muchas gracias.

Momentos después, Vivian y Penrod estaban en el interior de una cabina débilmente alumbrada, en la que se veía una pantalla de más de un metro de lado. Ella introdujo la tarjeta en la ranura indicada y, a los pocos segundos, obtuvo una respuesta desconcertante:

ESTADO DE LA CUENTA: 00,00.

—¡No hay ni un céntimo! —exclamó.

Penrod se acarició el mentón.

—En tal caso, el cheque que entregó a mi amo habrá sido devuelto por falta de fondos.

—Lo firmé con cargo a mi cuenta particular. Tengo algún dinero, heredado de mi madre —aclaró Vivian—. Pero, ni un céntimo en la cuenta de mi padre...

—Veamos el capítulo de pagos —sugirió el robot.

Vivian presionó la tecla correspondiente. A los pocos segundos, aparecieron una serie de anotaciones, en las que se expresaban distintas cifras correspondientes a diversos pagos de suministros y salarios de los empleados, como Nessdell, Aenia y los vigilantes. Finalmente, apareció un asiento sumamente revelador:

PAGADO A L. NESSDELL: 1.884.237,33.

—¡El muy bandido! —se sulfuró Vivian—. Saqueó la cuenta...

—No le sirvió de nada. Era un robot.

—Lo hizo por orden de otra persona.

—Indudablemente. Nessdell tenía poderes de tu padre para manejar los fondos de la cuenta, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Bien, veamos el capítulo de ingresos.

La respuesta llegó muy pronto:

INGRESADO POR S.W. COBSTEN: 2.000.000.

—Hasta ahora todo correcto, salvo el hecho de que Nessdell

«limpió» la cuenta corriente y ello, según la fecha especificada, el mismo día de la muerte de tu padre.

—Entonces, sabía que iba a ser asesinado.

—Indudablemente.

—Cobsten hizo su préstamo tres semanas antes.

—Se cancelaron algunas facturas, se pagaron los sueldos del personal y luego...

—Aun así —dijo Vivian —, son más de ciento quince mil «garants» y la suma es muy elevada sólo para facturas atrasadas y sueldos al personal.

Penrod sonrió.

—Posiblemente, Nessdell sacó más dinero para pagar a los equilibristas. Tryna y Kymon no se contentarían solamente con cinco mil «garants», como el intruso que se mató al caer desde el cuarto del hotel.

—Sí, puede que tengas razón.

—Tuvo que ser así, puesto que Nessdell estaba facultado para hacer y deshacer en la cuenta corriente. Lo lastimoso del caso es que no sepamos la hora en la que la dejó a cero; posiblemente, poco antes de las tres de la tarde, hora de cierre del banco... y tu padre murió alrededor de doce horas más tarde, sin enterarse de que se había quedado sin el dinero del banco.

Vivian se acarició la barbilla.

—¿Adonde iría a parar ese dinero? —murmuró.

—Nessdell está muerto y es imposible saberlo.

—Tampoco sabemos aún dónde están los cuadernos de notas y el aparato de H.T.V.

—Los cuadernos debían de abultar bastante y estarán ocultos en lugar seguro. En cuanto al aparato... Se me ha ocurrido una idea, Vivian.

—A ver dime —pidió ella ansiosamente.

—A decir verdad, me lo sugirió mi amo. Deberías preguntar si tu padre tenía una caja de alquiler. Realizaste ya los trámites de la herencia, supongo.

—Sí.

—En tal caso, nadie te impedirá que examines el contenido de esa caja... si la había alquilado tu padre.

Vivian se levantó en el acto.

—Vamos a comprobarlo —exclamó.

Unos minutos después, recibían una respuesta afirmativa.

—En efecto —dijo el empleado—, su padre alquiló una caja de depósitos...

—Pero yo no tengo la llave —adujo Vivian—. Ni siquiera conocía ese dato.

El empleado sonrió.

—Para ciertos casos, tenemos la solución, máxime cuando se trata de una persona recomendada por el señor Guittoff. Vengan, por favor.

Vivian y el robot descendieron a los sótanos, siguiendo al empleado quien, pocos momentos más tarde, les entregó una caja y una llave maestra. A continuación, les señaló una cabina cerrada,

—Pueden examinar su contenido en el interior —dijo.

La muchacha no se hizo de rogar. Penrod la dejaba hacer. Ella abrió la caja, en un estado de gran excitación. Cuando vio aquel objeto en su interior, lanzó un grito de asombro:

—¡Penrod, lo has adivinado!

—Yo, no —sonrió el robot—. Fue idea de mi amo, recuérdalo.

—Zerlock Holmes es un hombre maravilloso —Vivian le miró afectuosamente—. Y tú… Lástima que seas un robot; de lo contrario, no me costaría demasiado… bueno, ya me entiendes, ¿verdad?

—No sigas así, que se me va a humedecer el circuito de los buenos sentimientos, se producirá un cortocircuito y me convertiré en chatarra —contestó Penrod jovialmente—. Bien, ahí tenemos el modificador Mark II, según el rótulo que se ve en la parte superior. ¿Sabes qué significa eso?

—Dímelo tú, por favor.

—Tu padre sospechaba algo y, una vez terminadas las investigaciones con el segundo modelo, y comprobada su efectividad, por supuesto, lo trajo aquí, para evitar que se lo robaran. El microfilme con los datos técnicos quedó en el interior de una inocua barra de hierro, como las que suelen verse en algunos laboratorios de física, sobrantes de construcciones de mesas o estantes. Y… ¿recuerdas el contrato establecido con Cobsten?

—Sí, desde luego.

—Entonces, creo que tenemos la solución. ¿Por qué no regresamos a casa y se lo contamos todo a mi amo? A partir de ahora, las decisiones competen al señor Holmes.

—De acuerdo, Penrod, vámonos.

El robot sonrió.

—Deja el aparato en la caja; ahí está absolutamente seguro —aconsejó.

—Sí, es lo mejor.

Minutos más tarde, salían a la calle. Vivian respiró a pleno pulmón.

—No sabes qué bien me encuentro ya, Penrod —dijo—. Me siento como nueva… Hasta me dan ganas de invitar al señor Holmes a salir esta noche conmigo.

—Puedes hacerlo perfectamente; no creo que él rehúse la invitación.

Entraron en el aeromóvil. Penrod se situó en el puesto del piloto.

—Estás un poco nerviosa —sonrió—. Vale más que yo me ocupe de los controles.

—Desde luego.

El aparato se elevó a los pocos instantes. Apenas un minuto más tarde oyeron una voz a sus espaldas.

—Creo que no siguen el camino correcto, amigos —dijo el desconocido, que había aparecido súbitamente, escondido hasta entonces en el suelo del aeromóvil—. Vire cincuenta y dos grados al Este y siga recto hasta que yo se lo indique.

*

Vivian lanzó un gritito de susto. Penrod permaneció impasible.

—Muy bien —dijo—. Seguiré sus instrucciones. Por favor, ¿de qué clase es su pistola, amigo

—Perforante. Atravesaría sin dificultad una plancha del mejor acero, de medio metro de grosor.

Vivian se volvió un segundo.

—¡Penrod, es Tenn Crygh, uno de los vigilantes de la casa! —exclamó.

—Evidentemente, comprado por alguien que se siente muy inseguro en estos momentos —contestó el robot.

—¡Cállense! —gritó Crygh descompuestamente—. No me obliguen a disparar o...

—Si me destruye, el aeromóvil caerá a plomo —advirtió Penrod.

—Tendría tiempo de corregir la caída, no se preocupe. Haga lo que le ordenado y todo marchará perfectamente.

—Muy bien, como usted ordene.

El aeromóvil sobrepasó los límites de la ciudad y se adentró en el campo. Un cuarto de hora más tarde, avistaron un gran lago, que parecía un espejo de colosales dimensiones.

—Atraviese el lago y empiece a perder altura —ordenó Crygh.

—Sí, señor.

El aeromóvil descendió suavemente. Volaba a unos ciento cincuenta kilómetros por hora y a treinta del lago, cuya anchura rebasaba los sesenta kilómetros en aquel punto. Súbitamente, Penrod movió los mandos y el aparato se volteó hacia la izquierda.

Al mismo tiempo, abría la cúpula. Lanzando un agudo chillido, Crygh saltó al espacio y cayó a plomo hacia el lago.

Penrod estabilizó el aparato inmediatamente. Redujo la velocidad, dio una vuelta completa y descendió hacia el lugar donde se veían unos grandes círculos concéntricos, que se ensanchaban gradualmente.

Alguien emergió a la superficie y blandió el puño. Penrod descendió más todavía.

—Vivian, sácale la lengua —indicó.

Ella le hizo un inequívoco gesto de burla. Luego se sintió pesarosa.

—Hay más de treinta kilómetros hasta la orilla. No podrá alcanzarla a nado —dijo.

—Espera un momento.

Penrod hizo que el aparato virase de nuevo y lo situó encima de Crygh y a unos tres o cuatro metros del agua.

—No hay ninguna embarcación a la vista y es evidente que tus fuerzas no durarán mucho —dijo en voz lo suficientemente clara como para ser oído, sin dificultades por el sujeto—. Tienes dos caminos para elegir: hablar… o convertirte en pasto de los peces.

Crygh vaciló un segundo. Luego contestó:

—Lancen una escalera, por favor —rogó—. No podré resistir ya mucho más…

—Hablarás, por supuesto —exclamó Vivian.

—Lo diré todo —prometió el antiguo vigilante.

CAPITULO XII

La fiesta estaba muy animada. Vivian se dio cuenta de que Guittoff tenía un gran número de amistades. Había mujeres hermosas, elegantemente ataviadas, algunas de ellas con verdaderas fortunas en joyas sobre sus cuerpos, y los robots-camareros iban y venían constantemente con bandejas repletas de viandas y copas.

En el centro de la vasta explanada posterior de la casa había una enorme piscina, con paredes de cemento transparente, lo que permitía que la fiesta se celebrase a dos niveles. Muchos de los invitados se hallaban en la parte inferior, disfrutando de los extraños efectos de luz que el agua causaba, al ser traspasada por los rayos de luz de las potentes lámparas instaladas en el borde superior.

Vivian había asistido, acompañada del famoso detective, a quien había acaparado una opulenta matrona, todavía con muchos atractivos físicos, y de inagotable facundia. La dama llevaba un peto, que cubría sus exuberancias pectorales, todo él cubierto de piedras preciosas. Holmes, halagado, se dejó arrastrar por la mujer, pariente lejana del anfitrión y, según había dicho éste en el momento de las presentaciones, poseedora de una inmensa fortuna.

Vivian quedó momentáneamente sola. Pocos minutos más tarde, sin embargo, vio que se le acercaba una hermosa mujer.

—¿Cómo estás, Aenia? —saludó.

—Te equivocas —dijo ella—. Soy Styssia.

—Ah, la hermana gemela...

—Y mi futura esposa —intervino en aquel momento el doctor Cobsten, a la vez que pasaba el brazo por la cintura de la joven.

—Es curioso —dijo Vivian—. Aenia no me habló para nada de su hermana gemela. Jamás mencionó semejante detalle.

—Aenia es muy reservada para sus asuntos personales —rió Styssia—. ¿Nos vamos, querido?

—Como gustes, Styssia —respondió Cobsten.

Al cabo de un rato, Vivian divisó a Holmes, que se acercaba a ella, con un pañuelo en la mano.

—¡Uf! Por fin he podido despegarme de la prima de Guittoff —exclamó el célebre detective—. ¡Qué mujer tan pegajosa!

—Es muy rica. Y no es fea del todo, ni mucho menos. ¿Por qué no intentas conquistarla?

—Hijita, yo soy de la clase de personas que piensan en la soltería como el estado ideal del hombre —respondió Holmes maliciosamente.

—Tampoco se vive tan mal casado.

—Prefiero mi situación actual. ¿Qué tal lo estás pasando?

—Psé… —respondió Vivian melancólicamente—. No me aburro…, pero tampoco me divierto demasiado.

Holmes le dio una palmadita en la mejilla.

—Eres joven y muy bonita —elogió—. Deberías buscar un hombre de buena presencia, agradable, trabajador… y enamorado de ti, por supuesto.

—¿Dónde está ese hombre, señor Holmes? Indíquemelo y trataré de «cazarlo» —contestó ella de buen humor.

—Quizá lo tienes más cerca de lo que te imaginas —dijo Holmes.

De pronto, una hermosa joven se acercó a la pareja.

—¡Señor Holmes! Soy Freya Guittoff —se presentó—. Acabo de llegar y estaba ansiosa por conocer a un detective tan famoso. Mi padre me ha hablado tanto de usted…

—Su padre, señorita Guittoff, es muy benévolo con un pobre investigador, cuya fama es producto más bien de la fantasía de las gentes que de la realidad.

—Eso mismo pienso yo —contestó Freya, con acento lleno de impertinencia—. Tan famoso… y aún no ha conseguido resolver el caso para el que fue traído nada menos que desde la Tierra.

Las palabras de la chica provocaron un súbito silencio entre las personas que había en las inmediaciones. El silencio, inexplicablemente, se propagó por todas partes y, a los pocos instantes, no se oía el menor sonido.

—En eso se equivoca usted, señorita Guittoff —dijo Holmes tranquilamente—. El caso D’Brunt está total y felizmente resuelto.

*

Freya palmoteó excitadamente.

—¿De veras? Señor Holmes, por favor, ¿quién es el asesino del profesor?

Muchos de los asistentes a la fiesta empezaron a .acercarse al famoso detective, ávidos de escuchar de sus labios la solución de un caso que había apasionado a la opinión mythroniana durante largas semanas. Incluso Fluggin, el jefe de policía, se aproximó a Holmes.

—Bien —dijo Holmes—, si les parece a ustedes, empezaré por hacer un sucinto relato de los hechos, incluyendo, como es lógico, la descripción del asesinato. Después, expresaré las deducciones que me han permitido identificar al asesino… mejor dicho, al que planeó el crimen y el robo de los documentos científicos del profesor D’Brunt.

Holmes habló durante unos minutos, en medio de un expectante silencio, sin que nadie se atreviera a interrumpirle. Una vez terminado aquella especie de exordio, continuó:

—Las cosas se hubieran desarrollado perfectamente para el autor

de tan siniestro plan, de no haberme contratado la hija de la víctima. Naturalmente, yo le pedí información al respecto y así conocí a unos cuantos nombres, que podían resultar sospechosos de complicidad en el caso. Pero al autor del plan, el asunto empezó a no gustarle y, temeroso de ser descubierto, empezó a suprimir cómplices. Tryna y Kymon, los ejecutores materiales, fueron los primeros en morir, de la forma que todos ustedes saben.

»Sluzz, el ingeniero y amante de Tryna, murió también. Mientras tanto, el autor del plan, trataba de poner un bastón en las ruedas de mi carro. Primero envió a un asesino profesional al hotel, cuya acción fracasó gracias a mi fiel criado Penrod. Después intentó asesinarnos en dos ocasiones más, derribando el Monolito Sur de las Fuentes de Vapor, adonde habíamos ido, siguiendo una pista falsa, y luego por medio de un venal piloto, que murió para que no hablase más adelante.

»Nessdell, el traidor secretario del profesor, resultó ser un robot, que fue destruido por ese hombre, cuando mi robot, a su vez, lo apresó en el laboratorio. Nessdell, por supuesto, tenía acceso a toda la documentación del profesor y gozaba de plenos poderes para disponer de la cuenta corriente, como verán en seguida.

Holmes hablaba en medio de un silencio religioso. Nadie respiraba, ni se atrevía a interrumpir su discurso.

—Pero finalmente —continuó el célebre investigador—, llegué a la conclusión de que, en el fondo, era un asunto económico, de mucha importancia, por supuesto, dado que el invento del profesor, al ser explotado comercialmente, podría rendir colosales beneficios. Hubo dos personas que prestaron dinero a D’Brunt, Guittoff y el doctor Cobsten, pero sólo uno de los dos tuvo algo que ver con el asesino.

—¡Mi padre no fue! —protestó Freya airadamente.

—No, no tuvo nada que ver con el asunto. Todo fue obra de Cobsten.

El neurólogo, situado en primera fila, soltó una risita.

—Tendrá que probar sus acusaciones, señor Holmes —dijo—. Lo que acaba de expresar no es sino una solemne majadería.

—No retiro una sola palabra —contestó Holmes firmemente—, Usted, colaborador de D’Brunt, como reputado neurólogo, en ciertos aspectos de la H.T.V., le prestó dos millones, tras firmar un contrato de condiciones verdaderamente onerosas. No percibiría el veinticinco por ciento de los beneficios, como me dijo a mí, sino el cincuenta por ciento, y ello sin haber hecho demasiados esfuerzos en las investigaciones de D’Brunt. Unas cuantas explicaciones científicas, algunos datos de menor importancia y… desde luego, el préstamo de dos millones.

»Pero después, cuando ya creía tener en las manos el cuerno de la

abundancia, se enteró de que D’Brunt había perfeccionado su aparato, construyendo el llamado Mark II, para cuyo uso no es necesario en absoluto el menor esfuerzo mental. Todo lo que había hecho hasta entonces, no le serviría para nada. Sí, D’Brunt tenía que darle el cincuenta por ciento… de un aparato que, antes de salir al mercado, ya había sido superado.

»Por eso ideó el crimen, para quedarse con el Mark II, que no pudo encontrar, pese a los esfuerzos realizados. Y, lógicamente, no quería perder el dinero prestado, por lo que obligó a Nessdell, como robot que trabajaba para usted, simulando ser el secretario del profesor, a que sacase del banco todo el dinero que quedaba en la cuenta corriente, menos las cantidades empleadas en pagar facturas, salarios… y asesinos.

—Si no demuestra lo que dice, puedo demandarle por difamación —exclamó Cobsten—. ¿Qué testigos puede presentar de cuanto afirma?

—Ayer un tal Tenn Crygh, ex vigilante del laboratorio del profesor, intentó secuestrarnos, para llevarnos a su residencia situada al otro lado del Lago de Cristal. Por fortuna, mi fiel robot pudo frustrar el secuestro… y el secuestrador está ahora prisionero en casa de la señorita D’Brunt y dispuesto a confesar, como lo hizo ayer, que fue usted quien le ordenó realizar esa acción. El jefe Fluggin, aquí presente, ordenará muy pronto que vayan a buscar a Crygh, cuya confesión, por supuesto, he grabado adecuadamente.

Cobsten parecía helado. Ahora todo el mundo podía leer en su rostro una culpabilidad que parecía demostrada sin lugar a dudas.

—De todas formas —continuó Holmes—, tardé mucho en sospechar de usted, hasta que descubrí algo importantísimo.

Los ojos de Holmes fueron hacia la hermosa acompañante del neurólogo.

—Tuvo usted una eficaz ayudante, doctor Cobsten —dijo—. Una mujer con experiencia en asuntos criminales, la mujer que fue jefe de vigilantes del laboratorio de D’Brunt.

—¡Fue mi hermana! —gritó ella.

—Usted no ha tenido nunca una hermana. Usted es Aenia. Cuando vino a visitarme al hotel, lo hizo con ánimo de sonsacarme, aunque no consiguió nada. Pero, aparte de que he comprobado el registro de nacimientos —por fortuna, Mythron IV fue descubierto y colonizado por terrestres, cuya burocracia se implantó aquí casi exactamente igual—, y no hay registrado más nacimiento que el suyo. Aparte de eso, dos hermanas gemelas pueden ser absolutamente iguales de rostro y de cuerpo… pero dudo mucho de que las dos tengan el mismo lunar bajo la paletilla izquierda. Un lunar que es casi una verruga y que se percibe claramente al tacto…

De súbito, Aenia lanzó un chillido, a la vez que sacaba de su bolso una pistola perforante.

—No dejaré que me atrapen —exclamó—. ¡Apártense! ¡Fuera todos! Tú, ven conmigo, doctor... No permitas que te echen el guante...

Cobsten parecía una estatua, incapaz de reaccionar. La gente se apartó presurosamente.

Holmes extendió una mano.

—Deme la pistola, Aenia —pidió.

—¡No! —contestó ella roncamente—. Y no se acerque, o lo mataré. ¿Vienes, maldito matasanos?

—Espera, Aenia; quizá podamos librarnos con una sentencia benévola si confesamos... —dijo Cobsten.

— ¡Al infierno con esa sentencia benévola! Nos condenarían a cárcel perpetua... Pero si piensas hablar...

Sonó un chasquido. De la boca del arma, brotó una línea de luz deslumbrante, que traspasó de lado a lado el cuerpo del neurólogo. Cobsten se puso rígido, sin gritar siquiera, y luego cayó inerte al suelo.

Fluggin reaccionó y golpeó la mano de Aenia, empujándola acto seguido con tremenda violencia. Aenia abrió los brazos y cayó de espaldas a la piscina, en cuyas aguas se sumergió con gran chapoteo de espumas.

—Buena labor, señor Holmes —elogió el policía.

—Lo que resta es cosa suya, jefe Fluggin —sonrió el célebre detective.

Decenas de personas se arrojaron sobre Holmes, ansiosas de felicitarle, mientras Fluggin y varios de sus agentes se ocupaban de Aenia. Al cabo de un buen rato, Holmes consiguió librarse del acoso de sus admiradores y se reunió con la muchacha.

—Vivian, si no te importa, esta noche me hospedaré en el hotel —sonrió.

—Como guste —respondió ella—. Señor Holmes, creo que voy a ceder la patente de la H.T.V. al gobierno. He estado pensando mucho en lo que podría suceder si ese aparato cayese en manos de gentes sin escrúpulos...

—Muy bien pensado —aprobó el famoso detective—. Tu padre, probablemente, no calculó demasiado en las posibles consecuencias prácticas de su descubrimiento. Se acabaría la intimidad y la vida privada de las personas...

—Pero podré pedirles algo a cambio, supongo.

—Claro, una pensión o cosa por el estilo. Te lo concederán, no te preocupes. Bien, y ahora, lo mejor será que me marche. ¿Te quedas?

—No, le acompaño hasta mi casa —dijo Vivian—. Querrá recoger

a Penrod, supongo.

—Sí, en efecto.

*

El famoso detective y su criado entraron en la *suite*. Una vez que Penrod hubo cerrado la puerta, Holmes dijo:

—Me siento un poco cansado. Creo que me convendrían unas horas de reposo.

—Desde luego.

—¿Quieres ayudarme?

—Con mucho gusto.

Penrod le quitó la casaca y la camisa, dejándole el torso al descubierto. Luego, situado a su espalda, hizo presión con el pulgar en determinado punto y una pequeña puertecita se abrió a un lado, dejando al descubierto un diminuto cuadro de mandos.

—El indicador de revisión necesaria está encendido, pero dejaremos la tarea para mañana —dijo Penrod.

—Muy bien —contestó Holmes.

—Te voy a desconectar. En estas condiciones es lo mejor.

—Completamente de acuerdo.

Penrod dio media vuelta a un interruptor y las lucecitas se apagaron en el acto. Luego, silbando alegremente, se fue al cuarto de baño.

Al poco rato, se abrió la puerta. Vivian asomó la cabeza cautelosamente, exploró visualmente el interior y acabó por entrar, acercándose de inmediato a la inmóvil figura, situada junto a uno de los muros.

Los ojos de Vivian captaron de inmediato el descubierto cuadro de mandos. Sonrió para sí.

—Lo que me suponía —murmuró.

Penrod apareció a poco, frotándose el pelo con una toalla. Vio a la chica y se quedó inmóvil.

—Lo has descubierto —exclamó.

Vivian puso una mano en su cadera.

—Y pensar que correteaba desnuda delante de ti, creyéndote un robot —exclamó.

Penrod sonrió.

—No quería sacarte de tu error —se defendió—. Pero si estás aquí, es porque has sospechado algo, ¿verdad?

—Empecé a recelar cuando me cogiste en volandas, para liberarme de ser aplastada por el Monolito Sur. Luego... nunca vi a Holmes comiendo o bebiendo, aunque sí fumando... Imagino que debe tener un mecanismo de aspiración y expulsión de humo...

—En efecto. Y yo me alimentaba, cuando tú no me podías ver. Pero hay algo que ha confirmado tus sospechas, ¿no es cierto?

—El tacto, Penrod. Un robot no podía percibir el ligero relieve del lunar de Aenia. Tú fuiste el sustituto de Holmes… con Aenia, ¿verdad?

Penrod sonrió.

—En la oscuridad, ella no advirtió nada —contestó.

—Eres un… ¿Por qué, Penrod?

—Bueno, cuando se me ocurrió dedicarme a esta profesión, me pareció que la combinación detective-robot podría tener mucho éxito, como así ha sucedido, sobre todo, si pensamos en el nombre del robot. Es casi tan inteligente como una persona…

—Entonces, no existe Zerlock Holmes.

—A decir verdad, Holmes es mi apellido auténtico, pero el nombre es Penrod. Aproveché la circunstancia y le puse de nombre Zerlock. Por supuesto, me ha costado años de «enseñarle», pero el resultado valía la pena.

—Y, ¿piensas seguir en la profesión, Penrod?

—Tendré que estudiarlo, aunque por ahora no me corre ninguna prisa.

—Penrod, dime una cosa. Cuando me viste desnuda, ¿no… no sentías nada?

El detective emitió un fingido gruñido de león. Vivian se echó a reír.

—Pobrecito —dijo—. Debiste de pasarlas moradas…

Penrod la abrazó súbitamente.

—Pero ahora me puedo desquitar —exclamó.

—Aquí, en Mythronia, hay una curiosa costumbre. Aguarda, quiero demostrártelo con un ejemplo práctico.

Vivian se separó de Penrod y fue hacia el videófono, en cuyo teclado marcó unas cuantas cifras. A los pocos segundos, apareció el rostro de un hombre en la pantalla.

—Esta es la oficina matrimonial número treinta y nueve dijo el individuo—. ¿Quiénes son los contrayentes?

—Yo, Vivian D'Brunt —respondió ella.

—¿Y el novio?

—Penrod Holmes.

—Muy bien —dijo el empleado—. Penrod Holmes, ¿quieres por esposa a Vivian D'Brunt? ¿Vivian D'Brunt? ¿Quieres por esposo a Penrod Holmes? Contesten simultáneamente, por favor.

—Si —dijeron los dos al mismo tiempo.

—Entonces, de acuerdo con las leyes de Mythron IV, os declaro marido y mujer. Son cinco «garants». Envíen el importe por correo. Felicidades.

La pantalla se apagó. Penrod no se había recobrado aún de la sorpresa.

—Entonces, ya soy tu esposo...

Vivian le echó los brazos al cuello

—Con todas las de la ley —respondió y le guiñó un ojo—. ¿No quieres ver si tengo algún lunar en la espalda?

—¡Ahora mismo! —exclamó Penrod entusiasmado.

FIN